

REPERTORIO AMERICANO

SAN JOSÉ, COSTA RICA

1923

LUNES 6 DE AGOSTO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

La moral de la Revolución mexicana

LA Revolución mexicana desde el punto de vista de los intereses económicos de la nación, ha logrado que todos los habitantes del país empiecen a tomar su sitio en alguno de los grupos sociales que se disputan la riqueza, estableciendo de esta suerte y de un modo indirecto, diversas instituciones de carácter definido que tratan de defender lo que llaman sus intereses de clase: así, el gobierno, con un principio económico impuesto por la revolución, convertido en ley fundamental de la República, marcha francamente sosteniendo la teoría de la propiedad como función del Estado. Igualmente las agrupaciones revolucionarias sostienen, colaborando en el Gobierno o lejos de él, la abolición de la propiedad individual de la tierra; por su parte las agrupaciones e instituciones sostenedoras del régimen capitalista luchan duramente por volvernos al campo de la organización económica individualista. Hasta la Iglesia Católica ha tomado de manera decisiva, participación en esos aprestos de los elementos combatientes, sosteniendo de modo franco la teoría de la propiedad individual inmueble. Todo lo cual demuestra que en México ningún hombre, ninguna clase, se abstiene de tomar parte en la vida económico-política del país, prueba fehaciente de la virilidad espiritual del pueblo.

Pero si esto ocurre en el campo de los intereses económicos, en el campo de las ideas acontece una verdadera desorientación, tanto más digna de estudio cuanto que, para el observador inteligente de la Revolución mexicana, los principales partidos políticos, los únicos que en realidad existen en la actualidad y que siempre se han considerado en la historia de México como enemigos irreconciliables, luchan en campos contrarios sosteniendo aparentemente el mismo ideal moral: la Iglesia Católica y el partido revolucionario. En el seno de los sindicatos católicos establecidos por los Obispos, en los congresos de hombres y mujeres sostenedores de la fe católica, en los pe-

riódicos pagados por el clero, en los púlpitos, en todas partes, la Iglesia deja oír, en nombre de Cristo, los anatemas más violentos en contra de la Revolución que pretende, a su juicio, aniquilar el orden establecido, el cual, lógicamente, parece ser grato a los principios de la misma Iglesia y del Evangelio. A su vez, los representantes más ilustrados de la Revolución, los que en estos momentos pudiera decirse que, tanto en el campo de acción del Poder Ejecutivo como en las cámaras legislativas, sostienen la ideología que forma la base de la reivindicación social, cuando son realmente sinceros consigo mismos y expresan cabalmente el sentimiento del pueblo, justifican, en nombre de la enseñanza de Jesucristo las reformas revolucionarias en el terreno de las prácticas sociales y en el de la legislación.

¿Por qué esta pugna de intereses y este acuerdo en la doctrina fundamental? ¿Quién tiene razón en este período histórico, uno de los más difíciles y más interesantes de nuestra historia?

La filosofía moral dominante, es decir, la de las clases directoras del país, durante los últimos cincuenta años, fué en realidad una doctrina alejada fundamentalmente del cristianismo. La escuela positivista implantada en México para justificar las Leyes de Reforma y crear un espíritu público distanciado totalmente de la tradición del México español, del catolicismo y del cultivo de las humanidades, hizo hincapié en la falsedad de toda religión y de toda ética trascendentes, para sustituirlas por el conocimiento de las verdades de evidente demostración, elevando de este modo a las ciencias a la categoría de principios suficientes, capaces de dar al hombre todo lo que ha menester en la existencia: satisfacción económica, conformidad espiritual y progreso ininterrumpido.

Siendo esa la cultura de los representantes de aquel gran movimiento político que orientó al país hacia nuevos senderos, la pugna económica y espiritual entre los revolucionarios de entonces y la Iglesia Católica, se ex-

plica fácilmente por qué a la Iglesia se la despojó de la propiedad inmueble, uno de sus mayores instrumentos de dominio, y al mismo tiempo se la alejaba del espíritu popular substituyendo su ideología por un nuevo credo que afirmaba la excelencia y divinidad de la humanidad misma, digna de todos los esfuerzos del cuerpo y del espíritu.

Este pensamiento filosófico produjo en nuestro país el concepto equivocado de que la paz pública y la tranquilidad de cada espíritu se consiguen fácilmente gracias sólo al progreso económico de la comunidad. Y unido este juicio a la ideología de nuestra legislación individualista, que obliga al Estado a abstenerse de intervenir en los conflictos económicos de los particulares, y a la teoría jacobina de que los hombres se bastan a sí mismos para resolver su suerte en la lucha por la existencia, supuesto que son iguales, dió por resultado el acaparamiento de la riqueza inmueble de la nación en unas cuantas manos y la falta de un juicio moral común, perdida ya la fe en la eficacia de las instituciones públicas.

La revolución social iniciada en 1910 devuelve a la nación mexicana la ética de Cristo. Lucha por el advenimiento de un nuevo orden social, basado en el amor a los hombres, en el cual no se trafique con el semejante aprovechándose de su debilidad intelectual, moral o económica. Vuelve los ojos a Jesús, destructor del Estado como instrumento de una casta privilegiada, a Jesús que condena a los ricos por su ceguera que les impide abrir su espíritu hacia los verdaderos valores de la vida. El movimiento zapatista surge gracias al maravilloso instinto cristiano de los indios, sobrepuesto, en un momento de desesperación, al lastre de la liturgia de la Iglesia y de las amenazas de los sacerdotes católicos. El respeto sincero e ingenuo de don Francisco I. Madero hacia el pueblo, reputado como una falta absoluta de preparación política, no es en el fondo sino el sentimiento de amor de un cristiano conmovido ante los padecimientos de su país.

¿Por qué, entonces, si la revolución social de estos años es más radical que

la del 57, nos entrega como la verdad actual el antiguo Evangelio de Jesús? ¿Y por qué circunstancia o razón la Iglesia Católica arremete en contra de los postulados revolucionarios en nombre también de Jesucristo?

Es que la Iglesia se ha convertido, de categoría espiritual, en categoría política. Cuando creyó que su poder en la tierra podía ser aniquilado por la fuerza social de los reyes y de los nobles, dueños y señores de la riqueza material y humana, entonces, con un fuego sincero que se convertía en argumentos indiscutibles, nacido del conocimiento profundo del Evangelio, sus más ilustres representantes, sus más altos príncipes, condenaron la propiedad, especialmente el afán de poseer la tierra. Entonces San Ambrosio exclamaba: «La tierra ha sido dada en común a todos los hombres, nadie puede llamarse propietario de lo que le queda después de haber satisfecho sus necesidades materiales. Lo sacó del fondo común, y sólo la violencia puede conservárselo». (*Serm. 64, in Luc. cap. XVI*). «Cualquiera que posea la tierra es infiel a la Ley de Jesucristo», dice San Agustín. (*D. Agustini, De contemptu mundi, tract. 9, cap. II*). San Gregorio el Grande afirma que, «cuando damos con qué subsistir a los que están en necesidad, no les damos lo que es nuestro, les damos lo que es suyo». (*Reg. past., p. 3, Cap. XXII*). San Gregorio de Niza afirma que «el que pretenda hacerse dueño de todo, poseerlo por entero y excluir a sus semejantes de la tercera o de la cuarta parte, no es un hermano, sino un tirano, un bárbaro cruel, o por mejor decir, una bestia feroz cuya garganta está siempre abierta para devorar el alimento ajeno». Y con respecto ya no a la propiedad misma sino a la institución agrícola de los arrendatarios, peones o *medieros* que trabajan en realidad para otro, San Juan Crisóstomo, dice: «¿Qué de más escandaloso que pretender sembrar sin campos, sin lluvia, sin arado? Pero los que se entreguen a este género de agricultura no recogerán tampoco más que cizaña, que ha de ser entregada al fuego eterno». (*Homil. 57 in Math*).

Y no se crea que esta interpretación unánime de la doctrina de Jesucristo respecto de la propiedad haya sido declarada solamente en un período histórico especial y que se haya perdido en lo absoluto: por ventura vuelve a tener eco en los representantes de la Iglesia, verdaderos hijos de Jesús. León XIII, reflexionando en la injusticia del orden social contemporáneo, manda que cada quien sea dueño de lo que por su propio esfuerzo personal pueda obtener, porque «el hombre, cuando trabaja en terreno que sabe

que es suyo, lo hace con un afán y un esmero mucho mayores; y aún llega a cobrar un grande amor a la tierra que con sus manos cultiva, prometiéndose sacar de ella, no sólo el alimento, sino aún cierta holgura o comodidad para sí y para los suyos. Y este afán de la voluntad nadie hay que no vea cuánto contribuye a la abundancia de las cosechas y al aumento de la riqueza de los pueblos. De donde se seguirá este otro provecho: que se mantendrán fácilmente los hombres en la Nación que los dió a luz y los recibió en su seno; porque nadie trocaría su Patria por una región extraña, si en su Patria hallara medios para pasar la vida tolerablemente». (*Encíclica Rerum Novarum, p. 58*).

De esta suerte se encuentran hoy en México como en muchas partes del mundo, frente a frente, el instinto de la fiera y los nobles impulsos del espíritu, Calibán y Ariel, Mammón y Jesucristo, la Iglesia Católica y el sentimiento cristiano del pueblo.

Y si el peor enemigo del movimiento social en México y del Evangelio es la Iglesia, y la mejor ayuda de la Revolución es Jesucristo, ¿por qué, entonces, no adoptar la decisión de iniciar una cruzada para arrancar de las manos de la Iglesia la enseñanza del espíritu de Jesús y enseñar al pueblo la verdad desnuda? ¿Por temor a los prejuicios de las masas, que carecen, en su afán de transformarse, de fe moral que no sea económica?

He ahí otro peligro: el fetichismo de la ciencia, que, en algunos grupos revolucionarios, especialmente obreros, ha vuelto a encarnar, proclamando con alguna escuela traída a México por hombres de alma enjuta y de inteligencia miope, que como la *verdad* y la idea de *Dios* se repelen, el cristianismo es una doctrina de débiles, de fracasados; sólo el *racionalismo*, dicen, nos dará el conocimiento de la verdadera vida y con él toda clase de bienes materiales y espirituales. Por fortuna dentro de las mismas organizaciones

Doctor Constantino Herdocia

De la Facultad de Medicina de París
MEDICO Y CIRUJANO

Enfermedades de los ojos, oídos, nariz y garganta. Horas de oficina: 10 a 11.30 a. m. y de 2 a 5, contiguo al Teatro Variedades.

Teléfono número 1443

Doctor EDUARDO MONTEALEGRE

Cirujano Dentista Americano

Despacho: 2ª Avenida O. y calle 4ª S.

Deben considerarse como inéditos, y remitidos por sus autores, los artículos que no llevan al pie la indicación de dónde proceden.

obreras, la escuela de este racionalismo *sui generis*, fundado por Ferrer en España, se ha desacreditado a tal punto que se conceptúa solamente como un caso curioso en la historia de la organización social mexicana.

No; el arrebató del espíritu mexicano largo tiempo alejado de la verdad, no puede satisfacerse con ninguna teoría y menos con la pseudo ciencia: ha vuelto otra vez, por ventura, a Jesucristo; sólo su espíritu profundamente justo, intransigente para los que trafican con la miseria humana, y lleno de amor, puede conducir el sentimiento moral de la República. Lo que urge, en suma, es descarar al enemigo; urge que se medite en la enorme responsabilidad que pesa actualmente sobre los revolucionarios que conducen al pueblo; es decir, sólo organizando una cruzada espiritual en nombre del Evangelio, se podrá aniquilar la maldad (capitalismo, sectarismo) y librar así definitivamente a nuestro pobre pueblo de las ideas absurdas que lo alejan del camino del bien.

VICENTE LOMBARDO TOLEDANO

Noticia: De Vicente Lombardo Toledano sabemos esto:

«Tiene veintinueve años justos, es licenciado, perteneció al grupo de estudiantes preparatorianos famosos en los anales escolares de México bajo el nombre de los Siete Sabios. Los principales de ese grupo eran Alfonso Caso, hermano menor de Antonio; Vázquez del Mercado, que es ahora Subsecretario de Estado en Industria y Comercio; Palma Guillén; Medellín Hostos y Vicente Lombardo. Vicente ha sido Oficial Mayor del Gobierno del Distrito Federal, donde desarrolló una campaña intensa contra el vicio y especialmente contra la prostitución; es, pues, un moralizador práctico. De allí lo llamó Vasconcelos para que Vicente le organizara el Departamento de Bibliotecas de la Secretaría de Educación; es también un competente organizador. Concluida esa labor, Vicente fué impuesto por Vasconcelos como Director de la Escuela Nacional Preparatoria, el principal plantel de enseñanza en el país, que por esos días andaba de los cuernos del diablo. Aquí Vicente ha hecho una notabilísima obra, poniendo orden en aquel caos, reorganizando los planes de estudios, unificando la enseñanza de todas las escuelas de la misma índole en la República, dándole a esa enseñanza, dentro de su base estrictamente laica, una tendencia social cristiana. Vicente es, además de moralista práctico y organizador competente, un hombre de amplia visión social y un gran educador.

«Creo que de los de la generación posterior a la del Ateneo (el Ateneo Jo formaban: Henríquez Ureña, Antonio Caso, Alfonso Reyes, González Martínez, Vasconcelos, Julio Torri) Vicente Lombardo Toledano es lo mejor que ha dado México en lo que se refiere a hombres. Fué, pues, muy natural que al formarse el Grupo Solidario del Movimiento Obrero, Vicente fuera electo su primer Secretario General; ahora lo es Alfonso Caso. Vicente también pertenece a los consejos directivos de varias revistas como *México Moderno*, *Vida Mexicana*, etc. Ha publicado varios folletos y dos libros; uno sobre *Ética* y el otro de *Definiciones de Derecho Público*.—S. de la S.

Discurso de Salomón de la Selva

En el homenaje al poeta socialista Gutiérrez Cruz, en el Anfiteatro de la Escuela Nacional Preparatoria, México, el 2 de junio de 1923.

Señoras y señores:

UNA voluminosa necesidad de amar con que nací, que condiciona mi vida, me ha llevado a creer en el pueblo.

A cada paso de mi vida siento que necesito, cada vez más, a Dios. Y como las religiones establecidas me niegan a Dios, sustituyendo por fórmulas a la Verdad Viva; y como lo que llamamos cultura, educación, ciencia, progreso y política me niegan a Dios, dándome en cambio vanidad, pedantería, máquinas, maldad organizada, egoísmo múltiple y todopoderoso; y como en la naturaleza no creo, porque hablamos ella y yo idiomas opuestos y no nos entendemos y no podemos simpatizar, no me ha quedado otro remedio que buscar lo que requiero en los hombres, y no en todos los hombres: no en los cultos, no en los educados, no en los hombres de ciencia, no en los encauzadores del progreso moderno ni en los manejadores de la política, sino en aquellos que aún tienen virgen el espíritu y sensible la conciencia, los que saben sufrir y sufren, para quienes la vida es un ritmo alterno de anhelo y de dolor.

Por ventura, esta necesidad de Dios y este buscar a Dios en los hombres de buena voluntad y entre los humildes no es cosa mía y sólo mía. Antes bien, en cada revolucionario consciente que conozco, arraigan un sentimiento y una vocación iguales. En cada joven honrado que conozco, esa necesidad de Dios es fundamento de su inquietud y de su anhelo. Todo el México Nuevo, está, a mi juicio, conmovido espiritualmente, desde el nuevo hombre de estado hasta el obrero y el maestro más humilde, desde el intelectual más sabio hasta el ignorante mozo de esquina. Así se explica el fondo intensamente cristiano de la Revolución, que la diferencia del movimiento que preconizó las Leyes de Reforma. Estamos viviendo, aunque la palabra suene odiosa a muchos, en un momento místico de la historia de México, en un momento de renacimiento religioso. En su ciencia y en su aplicación de la ciencia, la Revolución habrá cometido errores; en el orden moral no ha tolerado ni parece dispuesta a tolerar desvíos.

Antes de la Revolución el pueblo había servido a veces de material literario, de tema para hacer literatura, a

los hombres cultos. Entre el pueblo y el artista no había comunidad de sentimientos, y menos comunidad de vida. El artista era un pendiente de las clases que excluimos cuando decimos «el pueblo». El pueblo era, a lo sumo, un espectáculo. Esta separación de las vidas emotivas del pueblo y del artista empobreció el arte nacional. Por una parte el pueblo cultivó, a escondidas del señor, sus canciones, sus cajitas de Olinalá, sus sarapes, sus bailes, su arte propio, expresión, aunque tosca, de vida verdadera; y por otra parte, con toda la finura que se quiera, el artista se concretó a expresar una vida artificial, superficial a lo sumo, su yo interior, su propia pena y su dolor particular. Arte nacional no había, porque la nación no vivía una vida. La cerámica de Jalisco y de Oaxaca, por ejemplo, nada tiene que ver con la existencia de las clases dirigentes que, como flor suma de lo que creían arte, comenzaron el mamarracho de mármol que se llama Teatro Nacional; y este Teatro Nacional es tan extraño a la vida del pueblo como lo puede ser la Opera de París o cualquier rascacielos neoyorquino. Arte nacional tendremos sólo cuando tengamos vida

nacional, emoción nacional, nación en una palabra.

Nuestra cultura es de clases; nuestro arte es también de clases; hasta nuestra poesía es de clases. Estamos divididos de la manera más lamentable. Ahora somos burgueses unos, obreros otros, y la mayoría,—que no son ni obreros ni burgueses,—seres a quienes no oímos, que no nos importan, con quienes no tenemos ninguna comunidad espiritual. Hay nueve millones de mexicanos a quienes descontamos cuando hablamos de cultura, de educación, de progreso, de bienestar público. Y mientras esos nueve millones de mexicanos estén excluidos de la vida nacional, no podrá haber ni arte nacional, ni emoción nacional, ni nación.

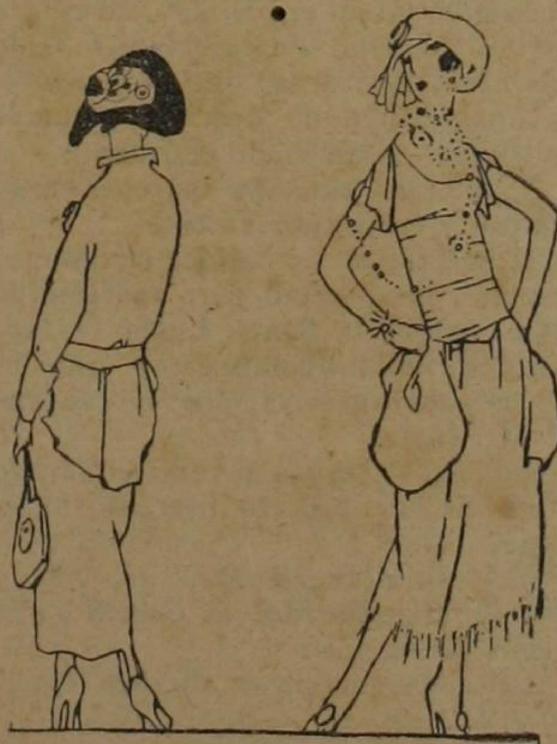
Los artistas de hoy han comprendido que su arte, por individual que sea, jamás podrá ser grande si no tiene sus raíces firmes en la vida de toda la nación. Hace días Diego Rivera terminaba esta estupenda decoración mural cuyos tintes rojos parecen más bien sangre del pueblo que pintura, tal es la emoción que despierta, y fué muy significativo del nuevo orden de cosas, que los obreros se juntaran a los estudiantes para rendirle al pintor homenaje bien merecido. Esta noche son los obreros los invitados de preferencia para oír, antes que nadie, la obra de un poeta que ha descendido hasta ellos, descendo que lo eleva por encima de los poetastros de cenáculo y torres de marfil. Entre artistas y pueblo se ha iniciado ya, más que una amistad, un cariño. Hoy sí podemos augurar la creación de un arte nacional. Porque estamos fundiendo nuestras emociones, plasmadas en obras de arte, y el arte ha de ser la divina partera que ayude al nacimiento de la nación regenerada.

Pero el arte no lo puede todo, por mucho que pueda. El arte puede ayudar a que sea nación, pero de ningún modo la puede engendrar ni concebir. Hay algo de donde brota el arte que es superior a él: la vida.

El ser humano, cuando vive una vida plena, va de emoción en emoción. Y poseído de la emoción, obra, crea. El producto más fino de la emoción es el arte, cuando la emoción es individual, de un hombre solo; y religión, cuando la emoción es colectiva, de una tribu, de un pueblo, de una raza. La vida más amplia, producirá, pues, las emociones mayores, y estas emociones el arte más fuerte, arte para retar a los siglos, y la religión más grande, religión que nos dé, en vez de fórmulas, a Dios en la plenitud de su poder.

¿Pero qué arte ni qué religión podemos esperar dónde la vida no llega a ser emotiva? ¿Cuándo los deseos se

Disputas femeniles



—¡Ya quisiera!... ¡Pelada ésta!... ¡Tener en dinero lo que llevo en alhajas!...

—Sería más rica si me ofreciera lo que se debe de todo eso...

(POR GARCÍA CABRAL).

(Excelstor, México. D. F.)

concretan, por ruda condición social, a satisfacer las necesidades imperiosas del cuerpo y no trascienden jamás a la vida del espíritu?

¿Creen ustedes que los millares de braceros de la Región Lagunera, a quienes las fuerzas de la vida les son insuficientes para mantener juntos alma y pellejo, van a sentir jamás una emoción capaz de traducirse en obra de arte, en concepción de Dios? Ustedes saben, mejor que yo, que lo que digo de esos braceros es cierto de la mayoría de los mexicanos. Y bien, ¿podremos tener un arte nacional bajo estas condiciones sociales? ¿Podremos tener jamás una religión que nos sea la engañosa idolatría del Catolicismo moderno ni la superchería innoble de aquellos que viven alejados de la civilización?

¿A qué se resume, pues, nuestro arte? ¿A qué nuestro concepto de Dios? Arte y religión nos resultan cosas trucas, nuestra vida cosa trunca. Porque la mayoría del pueblo mexicano no vive esa vida. Y nuestro arte, en tanto no tengamos una vida completa, una vida de *todos* los mexicanos, no será arte nacional, y si lo juzgamos con la rectitud de Cristo o con la severidad de Tolstoy, lo hallaremos falso, vano. Habría que repudiarlo.

Pero habría que repudiar la vida y no podemos repudiar la vida.

¿Qué haremos?

Hagamos arte que no sea vano ni falso; hagamos religión que no sea falsa ni vana, hagamos vida que no sea ni vana ni falsa.

Vida vana es la de quien cree que el pueblo mexicano es feliz porque tenemos, en la capital y para los adinerados, coros ucranianos, teatro francés, teatro español, ópera rusa, opereta alemana y cabarets norte-americanos, que nos visitan. Vida falsa es asimismo la de quien cree que los principios de la Revolución han triunfado porque el obrero de la capital ha integrado ya la vida nacional y es la fuerza principal del país, que sustituye a la vieja fuerza del militarismo, sin fijarse en que la mayoría de los mexicanos aún carecen de derechos políticos porque no los ejercen, porque no saben ejercerlos, porque no llega a ellos todavía la liberación.

A base de vanidad y de falsía no se establecerá nunca la nación. No hay en México una clase social que tenga la voluntad bruta del espartañado para hacer surgir un estado sobre cimientos de esclavos adscritos a la gleba. Ni desea el obrero mexicano que ya ha logrado su emancipación, que México sea émulo de Esparta. No. Pero otro cargo sí he de hacerle al obrero liberado, a él y al burgués, a él y al burócrata: la falta de sensibilidad para la injusticia.

Sensibles a la justicia somos todos, pero a la injusticia, no. A la injusticia no la vemos, no la sentimos, no la percibimos. La injusticia que sufren los demás no nos conmueve.

La condición de la mayoría de los obreros, la condición de casi todos los que trabajan la tierra, no ha cambiado mucho con la Revolución. Y mientras no cambie, y mientras no sean ellos, el verdadero pueblo, la fuerza principal del país, la riqueza del país, los dirigentes del país, lo que tenga vida política y emotiva en el país, no habrá nación mexicana verdadera, ni verdadero arte mexicano nacional, ni verdadera religión en México.

No es menester recurrir a planes

económicos extranjeros; nada sino males sin número nos acarrearán el importar variaciones del credo socialista. El remedio debe brotar de nosotros mismos, de nuestros corazones. El remedio, que es la base espiritual de todo programa socialista, es sencillamente el mandato de Cristo de amarnos los unos a los otros. Amor, amor y más amor. Amor que nos haga sensibles a la injusticia de que son víctimas nuestros semejantes, amor que nos azuce, nos muerda, nos tenga en vela y en lucha hasta haber reparado esa injusticia. Así se hace patria, así tendremos nación, así haremos arte, así, por ventura, hallaremos a Dios para vivir en Él!

La vida de las plantas

Viendo crecer las hierbas

DECÍAMOS que las hierbas de los campos cultivados se presentan por variedades y que cuando unas son destruidas, aparecen otras diferentes.

Hacemos la historia de las hierbas de nuestro campo que, era hace unos tres años, un potrero viejo y abandonado.

Estaba cubierto de gengibrillo (*Paspalum notatum*) y setilla (*Chaltium bromoides*).

Se hizo un fuerte trabajo de pala, para sembrar camote (*Ipomea batatas*) y fué curioso observar que pronto el campo se cubrió de una hierba suave, bonita, que los campesinos llaman «mielcilla». El zacate no apareció.

En la próxima labor desapareció la «mielcilla» pero, en cambio, se cubrió todo el terreno de «escobilla» (*Sida rhombifolia malvacea*) que es una hierba dura, difícil de destruir y que se multiplica de un modo alarmante.

Aparece en forma de «parches» muy tupidos y crece rápidamente.

Al hacerse la limpia del terreno, la escobilla desapareció, pero apareció, al poco tiempo, la Santa Lucía (*Ageratum conyzoides compuesta*), que es hierba poco agresiva, suave, con una «flor» violeta.

Cubre los campos al venir el verano y les da un aspecto bastante agradable.

Casi simultáneamente, un campo vecino, abandonado, se cubrió de la misma hierba.

Allí pude encontrar algunos ejem-

plares de la variedad blanca, que es, en general, poco abundante.

En nuestro terreno, la Santa Lucía fué destruída y desapareció, pero en el terreno de enseguida nadie la cortó, no se practicó ninguna labor y a pesar de eso desapareció totalmente, al punto de no encontrarse ni un ejemplar actualmente.

Ese es un fenómeno bastante interesante.

Además, y referente a la grama, (*Paspalum dactylon*), hay algo que puede interesar al agricultor.

Se acepta, en general, que la cal es beneficiosa para las gramíneas y esto es una verdad.

La grama, por otra parte, es una terrible plaga de los campos, pues es tenaz, invade el terreno y no es posible desterrarla.

Teníamos un «parche» de grama y logramos mediante el uso de la cal hacerlo desaparecer.

Continuando con la sucesión de hierbas diremos que una vez desaparecida la Santa Lucía, apareció el «chirrite», al punto de cubrir el campo totalmente; destruido que fué, durante el verano pasado, ha salido por todas partes, en cantidades fabulosas, el «mozote» (*Bidens pilosa*) y el «churritate» (gen. *Ipomea*).

La lucha contra esas hierbas es tremenda; no da al agricultor un momento de reposo.

Ahora principian a verse algunas plantitas de verdolaga (*Portulaca oleracea*), que es considerada por los agricultores como indicio de fertilidad.

Hubo momentos, entre una y otra hierba, en que parecía que la dormilona (*Mimosa invisa*) dominaría a las otras, pero desapareció.

Dr. ODIO DE GRANDA

MEDICO, CIRUJANO Y RADIOLOGO

de la Facultad de Medicina de París

Horas de consulta: de 8 a 11½ a. m.

Igual cosa sucedió con el «bledo» (*amaranthus spinosa*).

Ahora deseamos plantear nuestras dudas, que son varias.

En primer lugar, ¿de dónde vienen tan diversas clases de hierbas?

Hemos enumerado las variedades sobresalientes, pero son miles las que aparecen.

Por otra parte, «nosotros no traemos estiércol ni materia alguna en que pudieran venir semillas al terreno».

Además, aceptando que en el suelo estén las semillas, ¿cuál podrá ser la razón que existe para que no germinen simultáneamente? Por qué lo ha-

cen en una sucesión casi invariable y por qué desaparecen algunas, sin razón aparente?

Hay, sin duda, en la vida de las hierbas de los campos, mucho ignorado aún y que puede llegar a ser de suma utilidad para el agricultor conocerlo alguna vez.

La fuerza, el poder germinativo, la resistencia de estos pequeños vegetales, «verdaderos salvajes», es tal, que si el agricultor descuida un momento el combate, lo vencen.

La mala hierba es el problema que más urge resolver.

JUAN J. CARAZO

De cómo se juzgó recientemente a un muerto

Pongan atención los vivos

Voy a poner en solfa castellana lo que há poco soñó uno de los redactores de un gran diario parisiense. Prefiero hacerlo así, en vez de traducir fielmente su relato, porque este procedimiento me da la ventaja de poder hacer de paso las observaciones que me sugiera mi caletre.

Pero antes diré quién era el muerto, cuya última disposición testamentaria fué causa de aquel sueño.

Llamóse en vida M. Chauchard; fué propietario de los grandes almacenes del Louvre; amasó en ese comercio una fortuna de ciento cincuenta millones de francos; no se le conocieron nunca parientes, aunque ahora, después de muerto, le han resultado algunos, indudablemente apócrifos; no fué casado porque nunca tuvo tiempo desocupado para cortejar a ninguna dama honesta, y además por razones de economía; cifró su vanidad en alcanzar la Legión de Honor, que le fué concedida por M. Loubet en pago de unos cuadros célebres que regaló al Museo Nacional, y por último, ha muerto a principios del mes pasado, dejando dispuesto en su testamento que su cuerpo, al cual él amó con un egoísmo sin límites, fuese embalsamado, y se le hicieran los funerales y el entierro más fastuosos que haya presenciado París.

En su disposición testamentaria quiso legar a Mr. Loubet siete millones, que este austero anciano no aceptó; pero a Mr. Leigues, Ministro que fué de Mr. Loubet, y menos delicado que éste, le dejó doce millones que sí aceptó; a una jamona del mundo galante, que en los últimos años trató en vano de encender los destellos apagados del amor en el cuerpo de aquel viejo codicioso y tétrico, ¡cincuenta millones!; y así, entre la vanidad de su sepelio y diversos legados extravagantes, se dis-

tribuyó aquella enorme fortuna, sin que la caridad ni la filantropía hubieran recibido un solo centavo de ese mercader-condecorado.—Para los empleados del almacén que le ayudaron a acumular su riqueza, una miseria; para los pobres de París, para los institutos de beneficencia, nada!

De modo que este infeliz, que vivió sin lustre y sin gloria, pidió por acto de vana ostentación que lo juzgaran después de su muerte, y la sociedad intelectual y el pueblo de París lo han juzgado. ¡Y de qué manera! Cuando el convoy fúnebre desfilaba por las calles de la gran ciudad, formado por amigos pagados para el caso, las gentes que lo veían pasar se encogían de hombros, y exclamaban con un mohín de desprecio: «voilà le cochon; tanta bulla para enterrar a ese marrano».

Como juicio póstumo, creo que a nadie se le ha hecho uno tan expresivo ni tan lacónico.

Veamos ahora lo que, con motivo de ese acontecimiento, que dió pasto un día a la crónica mundana de todo París, soñó el escritor a que me referí al principio.

Pues soñó que había sido uno de los legatarios de M. Chauchard, en cantidad próximamente igual a la que recibió la dama en recompensa de sus esfuerzos por animar las energías atrofiadas del amor en aquel viejo valentudinario, una suma así como de cincuenta millones, que se le presentaba en monedas relucientes, amontonadas en el suelo de su cuarto, formando una colina de oro.

Lo primero que hizo fué calcular las rentas que eso le produciría. Una enormidad: ¡más de doscientos mil francos al mes!

¿Y qué iba a hacer él con todo aquello?—Vamos por partes. Empezaría por rectificar el torpe proceder del di-

funto, ejerciendo la filantropía a manos llenas; y dió dinero a cuantos se lo demandaban con apariencias de necesidad; y cuando hubo dado mucho, observó que los pobres no disminuían, y supo que uno a quien había entregado una suma gorda, porque se decía padre de varios hijos que estaban en la indigencia, fué recogido una noche en la puerta de una casa de juego, borracho perdido y sin un céntimo.

Cambió entonces de táctica: cerró la bolsa a la filantropía y la abrió a la caridad, destinando a los institutos de beneficencia la mitad de sus rentas. Y por ese lado se alivió de un gran peso.

¿Pero qué hacer con el resto? Naturalmente, montar una gran casa, con muebles soberbios, y numerosos criados con librea, y cocheras atestadas de magníficos carruajes, y daría comidas y conciertos, y deslumbraría a París con su boato; mas es el caso que él había vivido hasta entonces en su diminuta casita de campo, servido por una cocinera y un criado, tan sumisos, tan cariñosos y leales y su vida había corrido siempre tan tranquila y feliz! ¿Cómo cambiarla por aquel palacio lleno de francachelas y de fórmulas, hostigado día y noche por el mundo vicioso e importuno, que le criticaría más acerbamente mientras más dinero le arrancara?

No, mil veces no. Se quedaría en su casita, cuidando amoroso sus cuatro matas del jardín, sólo con su alegría y con la paz de su alma.

Pero bien podría comprar un automóvil para correr por las calles, como un anuncio ambulante que recordara a todos su riqueza. Mas ¿de qué manera puede divertir a nadie eso? Salir disparado en una máquina como un loco, atropellar aquí a un anciano, asustar más allá a los niños que juegan, aplastar acullá un perro que se atraviesa, no parece que pueda ser diversión muy agradable; y en cuanto a tener el automóvil para pasear por el campo, sabido es que eso no sirve sino para circular por las carreteras, donde lo único que se encuentra es mucho polvo, y muchos transeúntes a quienes se incomoda en su marcha penosa de peatones, que van cansados después de la brega del trabajo, y agobiados quizá bajo el fardo de sus necesidades y tristezas. Además, esta máquina sólo puede ser útil a los charlatanes ambulantes, que van de pueblo en pueblo con sus fierros de sacamuelas y sus frascos de medicamentos maravillosos, desquijarando a las gentes, y pregonando en las plazas desde lo alto de su carro de bohemios, sus maravillosos específicos. ¿Pero para un hombre de juicio y millonario...?

Nada de automóvil. Seguirá él como antes paseando libremente por los campos, recorriendo los senderos al azar,

penetrando en los bosques y los matorrales, conversando aquí con un pájaro, allá con un insecto, más allá con una flor, llenando sus pulmones de oxígeno; y sumergiéndose en la luz los ojos de su cuerpo y de su espíritu.

Entonces... entonces ¿qué hacer con tanto dinero? ¿Comprar cuadros, porcelanas, libros? Sí, sin duda eso es muy bello; pero qué deleite puede haber en enviar un dependiente con un catálogo anotado y una bolsa de oro, a que traiga de los almacenes esas preciosidades que no le cuestan a uno ningún trabajo, y que no nos han proporcionado ni siquiera el placer de desearlas sin esperanza de conseguirlas? Porque los cuadros nos causan el supremo deleite cuando los contemplamos en una galería ajena, inaccesibles a nuestros recursos: y los libros, ah! los libros son unas criaturas queridas que deseáramos congregarnos en multitud a nuestro alrededor, pero poco a poco, adquiriéndolos con esfuerzo y mediante algunas privaciones, para que así entren a formar como una parte de nosotros mismos.

Mirar codiciosos un libro a través de los vidrios de una ventana durante varios días, discutir su precio con el librero, sacarlo fiado para mientras nos pagan el salario del mes, y llevarnoslo a nuestro cuarto de estudio, acariciando su forro como acariciamos las mejillas de un niño, he ahí el colmo del deleite para los que sabemos gozar de las infinitas fruiciones del alma, cuando se han puesto en tensión todas las cuerdas que estallan en dulces armonías si hemos alcanzado una victoria grata a nuestro espíritu y a nuestro corazón.

Pero entonces... entonces ¿qué hacer con tanto dinero? Y ya enfermo por aquella lucha, despertó al fin el escritor mimado de las bellas ideas, y salió de su casita a refrescar en el aire de la mañana su cabeza calenturienta, y a dar gracias a Dios porque no hubiera pasado de un mal sueño la llegada de aquella fortuna, que sin embargo de ser mentira, tanto le había hecho sufrir durante algunas horas.—Y compadeció con toda su alma a los herederos fortuitos de aquel burgués

vanidoso y oscuro, aunque le consolaba la idea de que ellos no tenían por qué sufrir, pues serían tan... cochones como el otro, sin la menor lumbre de conciencia ni de deber humanitario.

He trazado las líneas que anteceden, con objeto de proponer al escritor a quien me refiero, que nos juntemos para abrir campaña en el sentido de que se restablezca la costumbre antigua de levantar proceso sobre el cadáver de cada uno que muera, a fin de averiguar si aquel a quien pertenecie-

ron en vida esos despojos, se había hecho digno de recibir honrada sepultura, o si merecía más bien que aquello se arrojase a un muladar como despreciable harapo.

Y restableceremos aquel rito desgraciadamente olvidado, y ay! de los ricos que hayan mantenido cerrados sus oídos a los mandatos de la caridad y a los clamores del dolor!

RAFAEL VILLEGAS

(Revista de Costa Rica,
San José de C. R.)

El plan del Sr. Bérard

DICHO sea en honor de los políticos franceses: la explotación de Turquía, las mismas reparaciones alemanas, no les apasionan tanto como la restauración de las humanidades. El Sr. Poincaré no sería capaz de hacer con los negocios diplomáticos más de lo que ha hecho su ministro de Instrucción Pública con los estudios clásicos. Don León Bérard tenía presentado a las Cortes un plan de segunda enseñanza, según el cual, el griego, y, sobre todo, el latín, recobran el prestigio de cultura superior. El Liceo, el Instituto francés, queda reservado fundamentalmente a la cultura grecolatina. Las enseñanzas especiales y prácticas se dejan a las escuelas primarias y técnicas. Tal es la divisoria que no ha llevado hasta sus últimas consecuencias el Sr. Bérard, pero que marca claramente en su plan la distinción, hecha ya por los franceses en la cultura, cuando emplean la frase corriente:

— ¡Ése es un primario!

El problema de la segunda enseñanza está en cultivar a los no primarios, a los escogidos. La reforma del señor Bérard tiende al cultivo de los escogidos, a una enseñanza aristocrática. Los parlamentarios, demócratas por definición, parecían, en su mayoría, opuestos. La oposición, sin embargo, no es contra el cultivo superior de la inteligencia. La mayoría de las autoridades y Consejos universitarios pare-

cen opuestos también. Hay los que hacen la objeción de si el griego y el latín son hoy las mejores disciplinas de los mejores. Hay los que, aceptando como las mejores estas disciplinas clásicas, quieren aplicárselas realmente a los mejores y no a los más ricos. Los Liceos franceses son caros. Es evidente que el mejor cultivo de los mejores requiere, además del mejor procedimiento, la busca más extensa. Si no, se puede reducir al cultivo de los mediocres. Y aun en el caso ideal de que la enseñanza sólo asequible a los mejores fuese para los mejores de todos, siempre podrá haber algún romántico, algún bárbaro con razón para afirmar que servirá la enseñanza, eso sí, y eso es todo, de alzatones de la mediocridad, pero que la inteligencia de excepción es, en último término, autodidacta.

El plan del Sr. Bérard es, pues, de enseñanza aristocrática, no ya porque las inteligencias son, naturalmente, desiguales y no se las puede cultivar lo mismo, sino porque deja a la enseñanza francesa más lejos de la escuela única que ninguna otra gran enseñanza europea o americana. (La escuela única para todos los niños y de la que deben pasar a las otras enseñanzas y a las carreras, no los más ricos, los más aptos). El plan del Sr. Bérard no ha sido aún votado por las Cortes; pero el Sr. Bérard acaba de implantarlo por decreto. Y otro Sr. Bérard, precisamente el helenista Víctor Bérard, que ha establecido en nuestra zona marroquí la isla donde Calipso acogió a Ulises, y que preside la Comisión de Enseñanza del Senado, le ha escrito una carta de protesta en la que los concedores de las intimidaciones de París han comprobado que conoce a sus clásicos.

CORPUS BARGA

París y mayo

(El Sol, Madrid).

Lea el REPERTORIO y recomiéndelo a sus amigos.

BOTICA ESPAÑOLA

Preparaciones
ASTOR:

ELIXIR ANTIPALÚDICO
VERMÍFUGO
INYECCIÓN ANTIGONORREICA

SAN JOSE

COSTA RICA

Los ciudadanos de Utopía

EL golpe de Estado que acaba de triunfar en Bulgaria, derribando al Gabinete Stambulisky y disolviendo el Parlamento, presta aún mayor relieve, mayor interés, al singular proyecto de ley que el propio primer ministro vencido había entregado hace pocos días a las deliberaciones del disuelto «Sobranié».

Dudoso es que exista un texto análogo, nada tan original y desconcertante en las colecciones legislativas de Europa. Han recordado ahora los periódicos que Alejandro Stambulisky, combatido por la izquierda bolchevique y por la derecha militarista, era el alma del partido campesino. Desde el Poder había fomentado y repartido la pequeña propiedad rural. Encarnaba el espíritu de los modestos terratenientes cultivadores del pobre sembrado o la reducida huerta en la orilla del Danubio y en las laderas balcánicas. Y a la verdad, que esa ley, obra personal del jefe del Gobierno arrastrado por la revolución, delata la astuta socarronería de la mentalidad aldeana. Hay, por lo demás, una cierta lógica de la Historia en el hecho de que una Cámara que tan estupendo proyecto discutía no haya podido terminar sus sesiones más que de un modo excepcional y dramático.

No creeríamos auténtico el texto de esa ley si no la hallásemos en una correspondencia de Sofía publicada en periódico tan bien documentado como «L'Europe Nouvelle». Dedúcese de su lectura que las propagandas del comunismo soviético le parecían a Stambulisky un serio peligro para la paz social y la seguridad del Estado. ¿Cómo conjurarlo en un país oriental, eslavo o, por lo menos, eslavizado y muy próximo a Rusia? Nada más sencillo para el primer ministro búlgaro. Proponíase simplemente hacer una demostración práctica del error de semejantes doctrinas, reuniendo, a ese fin, en cada Municipio a todos los comunistas, formando con ellos una sociedad aparte y obligándoles, so pena de muerte, a regirse según los propios principios del más puro, radical y absoluto comunismo.

«En todas las aldeas búlgaras—dice el primer artículo de la ley—donde se encuentren, por lo menos, diez electores comunistas, se creará una Comunidad, confiscando para su uso común todos los bienes muebles e inmuebles de los partidarios del comunismo». Cada una de estas Comunidades, formada exclusivamente de las familias comunistas, poseerá en común todas sus propiedades y estará gobernada

por un Consejo soviético local, compuesto de un representante del Ayuntamiento, uno del ministerio y tres representantes más, elegidos por los comunistas, sin distinción entre varones, mujeres y niños. «Todos los miembros de la Comunidad—según el artículo sexto—vivirán sometidos a una reglamentación común, trabajando, bajo control, un determinado número de horas y recibiendo del almacén de la Comunidad, mediante cupones, sus alimentos y demás cosas necesarias». Para el infeliz comunista que, quebrantando su régimen, recurra al comercio privado a fin de satisfacer sus deseos, la ley establece esta lacónica sentencia: «¡Será fusilado en la plaza pública!»

Con esta experiencia comunista al modo balcánico, Stambulisky, aleccionando a sus súbditos por medio de arbitrarias intuiciones y de plásticos ejemplos, como un príncipe del Oriente, esperaba desengañar de las predicciones bolcheviques a los campesinos de Bulgaria. Ya la revolución le habrá hecho pensar que no fué buen psicólogo. Si esos ensayos de comunismo salían mal, desastrosamente mal, como sin duda saldrían, siempre podría decirse que aquello no era la realización de una doctrina, sino su

malévola caricatura. ¿Y qué se podría decir sí, por casualidad, merced a circunstancias particularmente favorables, alguno de los tales ensayos saliera bien?

Hay, sin embargo, en esa ley búlgara la iniciación de un nuevo sistema político, ofrecido a las meditaciones de los tratadistas y los gobernantes. ¿Por qué mantener en las naciones de todo el mundo civilizado la misma organización uniforme, la misma aburrida monotonía? Con variantes en la forma de gobierno, todos los Estados se hallan hoy, en el fondo, sometidos a un régimen igual. La civilización del siglo xx ha tomado una determinada estructura social cuyas líneas esenciales son invariablemente las mismas en todo nuestro mediocre planeta.

Los rebeldes contra esta estructura social, los disidentes, los refractarios, los descontentos, los soñadores de Utopías y peregrinos de Icarías, viven como ciudadanos sin patria y desterrados en su propio hogar. ¿Por qué no habían de consentirse en el mundo, y aun dentro de cada Estado, con toda lealtad y buena fe, libres Comunidades, agrupaciones exentas, bosques de nuevos tipos de sociedad, donde se reuniesen en núcleos coincidentes las minorías extremas, hoy rechazadas o perseguidas?

Cuantos sienten la romántica nostalgia del pasado o los febriles presentimientos del porvenir podrían de esta

Niños de hoy



PADRE.—¡Cómo...! ¡fumando! ¿y delante de mí?

HIJO.—Perdona... no sabía que te molestara el humo...

(Excelsior, México, D. F.)

(POR GARCÍA CABRAL.)

DESDE CHILE

Información literaria

Santiago de Chile, 21 de junio de 1923.

Señor don Joaquín García Monge

San José de Costa Rica.

Muy señor mío:

Ayer llegó a mis manos su envío de los números 5 y 6 del REPERTORIO, en el primero de los cuales se incluyen las líneas que me permití confiar a su benevolencia. Mil gracias por su atención. Quiero también cumplir en un todo con su encargo: el poeta nuestro Joaquín Cifuentes Sepúlveda, a mis instancias, ha enviado a Ud. su libro lírico «La Torre», que ha merecido en Chile grandes elogios de Alone, Prado, Donoso y otros, y en Argentina y Uruguay los de Ernesto Morales y José María Delgado. Además, adjuntos a estas líneas, encontrará Ud. algunos recortes del periódico literario de actualidad «Claridad», publicación de juventud que tiene ya un sólido prestigio en nuestro ambiente. Mañana o pasado mandaré a Ud., acerca del mencionado Cifuentes Sepúlveda, una noticia que deberá encabezar un breve florilegio de sus versos que en el REPERTORIO me atrevo a pedir publique. Y para que esto tenga todos los visos de una crónica literaria, ya que Ud. me solicita con tanto encarecimiento que informe a su revista de lo que ocurre en nuestra pequeña pero caótica república literaria, le reseñaré brevemente las actividades intelectuales que en el curso del año pueden ya anotarse.

*

A comienzos de 1923 tuvo su desenlace el gran concurso de novelas chilenas que había iniciado «El Mercurio» de ésta hace ya tiempo. El jurado estaba compuesto por los señores Julio Vicuña Cifuentes, Carlos Silva Vildósola y Emilio Vaïsse (Omer Emeth). El concurso tenía dos secciones: novela y novela corta, siendo todas sus recompensas monetarias. En la primera sección fué favorecido con el más alto veredicto del tribunal la novela «Betsabé», obra del joven escritor—hasta ahora completamente inédito—Joaquín Ortega Folch. La característica que las bases del concurso determinaban para estas novelas como primordial era la *chilenidad*: debían tener un ambiente vernáculo y corresponder en todos sus aspectos a nuestra vida nacional. La novela del señor Ortega reúne casi por entero estas condiciones, y en mérito a ello ha debido ser premiada. Su tema es, en verdad, lo

mismo que los caracteres sentimentales de sus personajes, universal, pero la acción se desarrolla en Chile y se aprovechan en ella paisajes y ciudades nuestros. «Betsabé» ha sido muy leída y ha merecido los aplausos de nuestra crítica.

El segundo premio en novela correspondió a un autor fogueado ya en toda clases de lides literarias: Víctor Domingo Silva, quien ganó la recompensa con su «Papelucho» («Palomilla brava»), relato en que pinta la vida aventurera de un muchacho del pueblo, inquieto y noble en medio de todos los reveses a que la existencia le somete. El señor Silva tiene ya una fama segura, firme, de poeta, dramaturgo y novelista; su triunfo no ha asombrado y antes bien, ha sido considerado como una prueba de la rectitud de los jueces de esta contienda literaria.

El primer premio en la segunda sección ha venido a cimentar un prestigio naciente, pero ya casi por completo logrado, no sólo dentro de nuestras fronteras. Nos referimos a Mariano Latorre, quien desde 1918, año en que publicó su volumen de cuentos «Cuna de Cóndores», es nombrado como uno de nuestros novelistas de primera fila. «Ully», que es el título de su *nouvelle* premiada, aprovecha el ambiente, acaso de desequilibrio racial, que predomina en las tierras del Sur de Chile, pobladas por un crecido número de individuos de origen alemán. Desde el punto de vista del arte literario Mariano Latorre, que es ya un maestro de la prosa, ha logrado realizar en «Ully» un alarde de armonía y de proporción estilísticas que le honra.

*

En el terreno propiamente editorial no se han producido muchos acontecimientos en este año. «Betsabé» y «Papelucho» se publicaron ya y, como hemos dicho, han tenido una entusiástica acogida. Dentro de pocos días aparecerá «Ully», seguida de otras narraciones.

Pero en realidad no necesitamos otro hecho que la aparición de «Desolación», de nuestra Gabriela Mistral, para reputar como grandemente significativo para las letras nacionales el año que corre. Los lectores del REPERTORIO están ya informados de cuánto representa para la literatura hispana entera el libro de Gabriela Mistral. Nuestra poetisa había rehusado, durante más de cinco años de reiteradas insistencias, acceder a pu-

uerte salir de la soledad de su estudio o abandonar la sombra de las conspiraciones clandestinas, para levantar sobre la tierra la ciudad soñada, en unión de aquellos que compartiesen su fe, y para contrastar con la realidad severa la fuerza vital de esos mismos ideales. ¿Qué esto es una vaga fantasía? Acaso... Pero no dejaría de resultar pródiga en bellas tentativas, en diversidades pintorescas y en experiencias interesantes. Tendríamos en España, por ejemplo, desde la ciudad de los Soviets hasta la aldea tradicionalista, residencia de la corte de D. Jaime...

Procuraría cada cual demostrar en la práctica la verdad de sus doctrinas. El tamiz de la realidad comprobaría las unas, rechazaría las otras, seleccionaría las restantes. Cada cual viviría a su guisa y a su gusto, y sin violencias ni represiones, los hechos nos ilustrarían a todos. ¿No sería esto lo sensato, lo liberal, lo humano? «Utopía» quiere decir literalmente país que no está en lugar ninguno. Nosotros daríamos a todas las Utopías un sitio en la tierra, y a todos sus adeptos les extenderíamos su legítima carta de ciudadanía. Cada Platón bosquejador de una ideal «República», encontraría un Dionisio el Joven que no se negase ya a ensayarla en sus dominios.

Poblaciones rusas tolstoyanas, obligadas a expatriarse a causa de su pacifismo radical, pudieron, hace años, establecerse libremente en territorios del Canadá. Ya después de la guerra, sobre el suelo de la América española, encontró asilo independiente una gran colonia de emigrantes pacifistas. A los judíos dispersos por el mundo se ha pensado en ofrecerles su pedazo de tierra para reconstruir la santa Sión. Todos los ideólogos, todos los visionarios—videntes, quizás—que esperan también la plenitud de los tiempos mesiánicos, debieran poder vivir bajo las torres de su propia Jerusalén. Con mejor espíritu, y aun fantaseando un poco, sería cosa de pensar en el método Stambulisky. «El que sobre la realidad no se eleve—decía Schiller—, no conquistará jamás la realidad...» ¡Quién sabe las semillas de realidad futura que se esconden en las pálidas flores del ensueño!

LUIS DE ZULUETA

(La Libertad, Madrid).

Solicítense los «Cuadernos de Pedagogía y otros Estudios», que se publican bajo los auspicios del Personal Docente de Heredia.

YA LISTO:

José Ortega y Gasset: *Biología y Pedagogía*.

Precio de los cuadernos: \$ 1.00

EDITOR: J. GARCIA MONGE

Apartado 533

— SAN JOSÉ DE COSTA RICA

blicar en un volumen sus egregios cantos. Sólo ahora podemos recurrir a una recopilación casi completa de los maravillosos versos que de aquel poeta genial todos hemos leído. En Estados Unidos, a iniciativa de una institución mejicana, fué el gran maestro español Federico de Onís quien emprendió y llevó a término la empresa; y en Chile, además del cuidado personal y directo de la autora—que desde México envió corregidos y dispuestos sus originales—, la Editorial Nascimento se hizo asesorar para publicar «Desolación» por nuestro perfecto prosista Eduardo Barrios. La edición chilena de este libro que marcará una época, es más completa, y por lo pronto expurgada de toda tropelía tipográfica, que la yanqui.

¿Qué hemos de decir nosotros de este libro? Nuestro sentir de jóvenes se recoge a admirar y espera que hablen los entendimientos magistrales que en América y España han asumido la función crítica de los valores estéticos.

Las promesas literarias e intelectuales son, como siempre..., riquísimas. De todas ellas serán muy pocas sin duda las que cuajarán en realidades, pero hay algunas que ya lo son casi por entero.

Se encuentra para salir de un momento a otro a la luz pública el primer volumen poético de un novísimo poeta nuestro que cuenta ya en Chile con

un prestigio sólido. Es Pablo Neruda este poeta — próximamente le enviaré para el REPERTORIO versos inéditos suyos — y «Crepusculario» el título de su obra destinada, en nuestro concepto, a despertar en quienes la lean una incondicional admiración.

También aparecerá dentro de poco un libro de narraciones novelescas: «Vidas Mínimas», escritas por un joven cuentista y periodista de renombre: González Vera. Es ésta una obra honrada y sincera, llena del dolor del suburbio en que se albergan la miseria y el crimen y en que florecen la tragedia y el hambre.

Y con esto he terminado ya, por fin, respetado amigo García Monge. A medida que en nuestro ambiente ocurre algo, cumpliré con el deber para mí muy grato, de hacérselo conocer a usted y por su intermedio, si así le parece, al amplio público hispanoamericano del REPERTORIO. Por ahora permítame que le manifieste de nuevo mis agradecimientos por la distinción de que me hizo objeto al acoger en aquella revista mis modestas cuartillas.

Mande a su amigo y servidor que no espera otra cosa que saber ser un humilde obrero de esa confraternidad racial que el REPERTORIO, mejor que congresos y conferencias, realiza en nuestro continente.

RAÚL SILVA CASTRO

Mi nueva dirección: San Francisco 1116, Santiago de Chile.

Las reinas de las colmenas

EN uno de los más suntuosos salones del «Hotel de Ville» se celebró ayer la recepción solemne. M. Peuch, presidente del Consejo Municipal, acompañado de los vicepresidentes y de muchos de sus colegas, se apresuró a salir al encuentro de la soberana, que llegaba acompañada de sus damas de honor, espléndidas de juventud y de gracia. Todo era emoción y estremecimiento bajo los magníficos artesanados y entre los muros cubiertos de tapices, cuando el presidente, inclinándose respetuosamente, dijo a la señora:

—Nuestra Casa municipal ha recibido a muchas reinas; pero ninguna me ha inspirado, señora, tanto respeto como vos. Sería menester que todas las mujeres de Francia siguieran vuestro ejemplo, para gloria de su territorio.»

Estas palabras sobrias y concisas, pero elocuentes y sinceras, no han sido dirigidas, sin embargo, a persona alguna de sangre real; han sido ofrendadas por el presidente del Ayuntamiento

de París a una aldeana humilde, de setenta y tres años, a la viuda Juan Horteur, elegida reina de una semana en el homenaje rendido por París a la Agricultura y organizado brillante y espléndidamente por «Le Petit Journal».

Esta soberana, que escuchó ayer en el «Hotel de Ville», en la Opera y en las calles las aclamaciones de la capital más inteligente, más artista y más generosa del mundo, no ha sido regenta de déspotas ni protectora de favoritos, como esas reinas de piedra azulada que

Hacemos nuestra esta saludable advertencia de nuestro ilustrado colega «España», de Madrid:

Esta Revista no puede mantener correspondencia con sus numerosos colaboradores espontáneos ni publicar ningún trabajo conforme a la impaciencia del remitente, sino a la medida del orden que le imponen sus límites cuantitativos y sus necesidades cualitativas.

se yerguen sobre los pedestales del jardín señorial del Luxemburgo. Esta viejecita risueña se ha consagrado con todas sus fuerzas y durante cincuenta y cinco años al santo cultivo de la tierra. La ha hecho amar a sus diez y siete hijos, todos cultivadores; a sus veintisiete nietos, que lo serán pronto, y a sus tres biznietos, que lo serán más tarde. Ha ejercido un matriarcado de virtud y de abnegación, y, al recibir en sus manos, ligeramente temblorosas, los ramos de flores y las monedas de oro y los ósculos de los más altos funcionarios, no ha sabido contestar sinc con esta noble frase espartana:

—He cumplido con mi deber.

¡Bella fiesta la de ayer, a la cual quiso asociarse un sol esplendoroso, que rasgó durante algunas horas las brumas parisinas! Las damas de honor, que, desde niñas pasaron las más duras fatigas para ayudar a sus ancianos padres; las aldeanas de las más apartadas regiones, engalanadas con sus trajes típicos, despertaron la universal curiosidad y admiración de esta ciudad emporio, que de nada se sorprende ni de nada se admira. Las fiestas en honor de los músicos belgas, las carreras de Chantilly, en que «Capucin» ganó el gran premio del Jockey Club; las Olimpiadas del estadio Pershing; las mil y una diversiones que ofrece a diario la ciudad bella y sofiadora, no restaron en un ápice el interés de esta coronación democrática, propia de un gran pueblo que ha sabido, en la paz, sembrar ideas y energías, y salvar, en la guerra, la causa gloriosa de la Libertad y de la Civilización.

España, una de cuyas humildes ciudades—de que he de hablar muy pronto—ha coronado ya a sus viejos de rosas, debe seguir el ejemplo de París e imitar la iniciativa del primero de los diarios franceses, coronando a sus aldeanas más abnegadas y laboriosas. Harto lo han menester nuestros campos esquilados, nuestras costumbres olvidadas, nuestros sentimientos democráticos en franca decadencia. No hay más que una gloria legítima: la del trabajo virtuoso.

Y por eso París ha discernido a Juana, la aldeana, esa corona de laurel, que ha reservado siempre a los grandes genios, como el de ese viajero de países azules, ese evocador mago de sublimes paisajes, ese glorioso autor de «La novela de un spahi» y de «Los pescadores de Islandia», ese incomparable Pierre Loti, cuya vida se extinguió ayer dulcemente en Hendaya, a la hora misma en que París aclamaba a las reinas de los trigales, de los huertos y de las colmenas.

ANTONIO ZOZAYA

París, 11 de Junio

(La Libertad, Madrid).

Página lírica

de Joaquín Ramírez Cabañas⁽¹⁾

PROPOSITO

Descifraré el sutil abecedario
de la inquietud que llena los caminos,
y fácil ha de ser, como un estuario
que inundaron raudales cristalinos.

Será sencilla y simple la candente
música del matiz en el paisaje,
acogedora, cálida y sonriente
para descanso y turbador miraje...

El alma toda tímpano y retina
y corazón abierto sin recelos,
ante la fresca gracia matutina,
bajo el múltiple espejo de los cielos;

Mansa en la tarde plácida y serena,
pávida en las tinieblas expectantes,
y sin cuidados, ni ansiedad, ni pena,
fiel al ritmo vital de los instantes...

Porque traigo del místico y lejano
vagabundeo en los difuntos días
mi amor seguro, me parece humano
el gesto de las cosas más bravías!

LAS NUBES

Las nubes, en la tarde luminosa,
revelan el concepto más exacto
de la blancura; y cual en una cosa
próxima, el adjetivo de lo intacto.

Traen el desconcierto a conjeturas
de la pereza en el espectador,
insumisas ante las desventuras
lógicas de sutil definición.

El equilibrio de sus masas funda
sospechas de milagros y de engaño
que complace jovial y nos inunda
de olvido de la hora, el día, el año...

¿De qué las habrán hecho? ¡Peregrino
preguntar para gracia tan lejana!...
¡Un cándido tesoro: vellocino
de ovejas que apacienta la mañana!

Al atisbar su calidad suprema
lejanas han de errar en la campiña
celestes, para modelar la extrema
gracia de una mirada siempre niña.

LA ROCA

¡Aprended a mirar, ojos míos!
Cerca erige su enhiesta
mole desnuda roca. Sobre los lomeríos
de verde que da en añil turba la fiesta

(1) *Noticia:* Joaquín Ramírez Cabañas, buen poeta mexicano, autor de un libro que ha recibido merecidos elogios y que prologó el distinguido crítico y literato don Genaro Estrada: *Remanso de Silencio*.

de lejanía y de horizonte...
ríe magníficamente al sol levante
junto a la parsimonia de las sombras del
[monte,
y enciende al mediodía una fragua distante
en amago a los flancos—que empujan cada
[arista—
para ser a la tarde gigantesca amatista
en engarce tomado de herrumbres
[milenarias!

Y habéis mirado perfiles y silueta,
y la masa que abruma de grandeza
[tranquila...
los vanos accidentes de la fugaz e inquieta
luz que ofrece verdades para cada pupila...

Solamente. Mas la roca impasible
no oculta su secreto: su sinceridad
tiene las alas de los vientos,
la cándida alegría de la luz, la apacible
o ruda gracia modeladora de la sombra...
Su fácil y cristalina y serena verdad
es, desnuda y una, en todos los momentos.

Y luego, por los trillados y vulgares
[senderos
de la imaginación,—que objetivar anhela
pereza y vuelo torpes—brota la cantinela
de cansados y turbidos veneros!
¡Impetu declamatorio de la estéril torpeza:
La roca es una oración
de la tierra humilde, que en acto de
[adoración
se levantó hacia el cielo, sumisa a la belleza
y a la verdad divinas...
Afán de sublimarse y alcanzar la pureza
excelsa de las magnas llanuras azulinas!...

¡Declamación: palabras, ecos, nada...
No; la roca vive noble y serenamente

su vida de excelsitud humilde y levantada.
Es ella y en ella está la permanente
verdad de su belleza:
distante, ofrecerá su silueta magnífica,
sus planos gigantescos, que a la gracia

[traviesa
del sol guarda propicias complicaciones
de matiz y dibujo; y cerca, la sorpresa
de sus límpidas, ciclópeas fundiciones;
su soledad divina, que hace pura
y diáfana la atmósfera; su paz en la
[aventura
de las tempestades, y la sobria firmeza
con que proyecta al cielo la pavura
de la tiniebla cuando la noche empieza,
tras de alargar los días la calma de su
[altura!

LA MONOTONIA

A cada instante el alma de las cosas
da un valor; toda cadencia,
todo ritmo, aun en las misteriosas
horas del reposo
afirma su presencia...

Y es distante el instante siempre nuevo:
—vida, renovación, llegar a ser—
sueño de espacios que duerme en el huevo;
ala que no presiente el decaer...

Pero suele el cansancio de la vida,
o un extravío de instinto misionero,
errar la senda... alma que olvida
es alma que ha perdido su sendero.

Y torna sobre sus pasos y el intento
es una y otra vez, y siempre igual;
nafragio de la gracia del momento,
inepta mueca ambigua de lo real...

¡Monotonía!... ausencias pavorosas
de claridad en el sendero;
sacrificio del alma de las cosas,
atrofia que malogra
el fruto venidero!

México. 1923

Quien habla de la **CERVECERIA TRAUBE** se refiere a una empresa en su género, singular en C. R.

Su larga *experiencia* la coloca al nivel de las fábricas análogas *más adelantadas* del mundo.

Posee una planta completa: más de *cuatro manzanas* ocupa, en las que caben todas sus dependencias:

CERVECERÍA, REFRESQUERÍA, OFICINAS, PLANTA ELÉCTRICA, TALLER MECÁNICO, ESTABLO.

Ha invertido una suma enorme en ENVASES, QUE PRESTA ABSOLUTAMENTE GRATIS A SUS CLIENTES.

FABRICA

CERVEZAS
Estrella, Lager, Selecta, Doble, Pilsener
y Sencilla.

ger-Ale, Crema, Granadina, Kola,
Chan, Fresa, Durazno y Pera.

REFRESCOS
Kola, Zarza, Limonada, Naranjada, Gin-

SIROPES
Goma, Limón, Naranja, Durazno, Menta,
Frambuesa, etc.

Prepara también *agua gaseosa* de superiores condiciones digestivas.
Tiene como especialidad para fiestas sociales la KOLA DOBLE EFERVESCENTE
y como reconstituyente, la MALTA.

SAN JOSE

COSTA RICA

Quinta Conferencia Internacional Americana

Estudios universitarios

Informe de la Comisión de Educación sobre el tema XIII: "Consideración de la unificación de estudios universitarios e intercambio de títulos profesionales entre las Repúblicas americanas".

Ponencia del Excmo. Sr. MANUEL MÁRQUEZ STERLING.

(Concluye. Véase el número 17, próximo pasado).

La Delegación de la República Argentina, orientándose hacia generosas iniciativas, esbozó, ante la Comisión, un proyecto que fué aceptado con demostraciones de inequívoca simpatía, referente a la educación práctica y los trabajos manuales en los diversos grados de la enseñanza. «Trátase—dijo—de una obra cultural americana por excelencia; y por excelencia democrática. Es indudablemente obra de justicia social y de sana democracia dignificar el trabajo manual, sancionarlo, prestigiarlo, y ofrecer a todos los que a él se dediquen oportunidades de perfeccionamiento progresivo». La Delegación de Cuba, primero, y la de Chile, más adelante, pronunciáronse a favor del proyecto con algunos comentarios que reforzaron la iniciativa; y a la segunda debe la Comisión el oportuno recuerdo de estas aseveraciones del insigne filósofo norteamericano William James que aclaran, con luz meridiana, los objetivos de la proposición:

«El progreso más colosal que han visto los años recientes en el campo de la educación, lo constituye la introducción del trabajo manual en las escuelas, no porque tienda a proporcionar hombres más prácticos para la vida doméstica o más hábiles para los oficios, sino porque formará ciudadanos con una fibra intelectual enteramente distinta.

«El trabajo del laboratorio y del taller engendra el hábito de la observación, permite escudriñar más hondamente en la complejidad de la Naturaleza, al mismo tiempo que da la exacta medida de la diferencia entre la certeza y la vaguedad; demuestra la deficiencia de toda expresión verbal que pretenda representar fenómenos reales, conceptos que una vez adquiridos perduren en la mente para toda la vida. El trabajo manual confiere precisión, porque cuando se intenta hacer un objeto hay que hacerlo definitivamente bien o definitivamente mal; da honradez porque cuando alguien trata de expresar sus ideas, no por el uso de palabras, sino de cosas hechas, es imposible disimular la vaguedad y la ignorancia por medio de la ambigüedad; engendra la confianza en sí mismo y mantiene siempre alegremente fijo el interés y la atención, con la cual reduce al minimum las funciones disciplinarias del maestro.»

Se usa, pues, el trabajo manual en la enseñanza—añade la Delegación de Chile por su cuenta—«como el mejor, como el más perfecto agente educador, y sus aplicaciones pueden ser múltiples y variadas, conforme al medio y a las circunstancias. Determinar

estas modalidades constituye otro problema de carácter técnico, resuelto de una manera en las escuelas de Gary, en Indiana, Estados Unidos, de otra en las escuelas fundadas en Bélgica por el portugués Vasconcellos, y con variadas aplicaciones en Filipinas y en casi todos los países.»

La Comisión hizo suyo el proyecto argentino y propone a la Quinta Conferencia Internacional Americana la siguiente resolución:

I. Las Repúblicas americanas fomentarán la educación práctica para las artes, las industrias y el comercio;

a) Durante el ciclo de los estudios primarios y en forma conciliable con los mismos y adecuada a la edad del niño y a la región de la escuela;

b) Durante la época del aprendizaje profesional, en forma concordante con el trabajo, en períodos no menores de tres años comprendidos entre los 14 y los 20 años de edad, con dos horas diarias entre las horas normales de trabajo y en forma obligatoria, tanto para los jóvenes, como para sus patronos;

c) En cursos prácticos especiales;

d) En cursos post-escolares y extensión universitaria accesibles a hombres y mujeres de todas las edades.

II. Las Repúblicas americanas tratarán de dignificar el trabajo manual, organizando concursos, estímulos y sanciones que se consideren eficaces en cada país.

III. Las Repúblicas americanas procurarán, mediante subvenciones y otros medios por una parte estimular el envío de maestros profesionales y obreros sobresalientes en sus respectivas ocupaciones de carácter manual o práctica a estudiar, durante dos o tres años, prácticamente, en los demás paí-

La novela inglesa

Los conceptos de energía, voluntad y eficiencia están muy presentes en la novela inglesa. Ella enriquece nuestro tesoro de aforismos. Nos invita a ser corteses con el prójimo, porque la cortesía todo lo allana y suaviza; a la benignidad por las faltas ajenas; a la generosidad en los juicios y humanidad en nuestros tratos. Las páginas de la novela inglesa iluminan y encantan a todas estas virtudes.

A. NIN FRÍAS

ses, y por otra parte, facilitarles su objeto en el propio país a los que vinieren de los otros.

IV. Las Repúblicas americanas se comunicarán los resultados de sus experiencias.

Hemos consignado en la primera de nuestras resoluciones, a instancia de la Delegación de Cuba; la excelencia, a nuestro ver práctica, de reunir en un Congreso Interuniversitario a los representantes del alto y sabio profesorado de todas las Repúblicas de América; y vamos a dictar ahora a instancia de la del Uruguay una resolución, que bien cabe considerarla complementaria de aquélla, en la cual se recomienda asimismo la reunión de Congresos de Estudiantes. «La finalidad del tema XIII, sometido a la ilustrada consideración de este Comité—dice el informe de los Delegados del Uruguay—se dirige más que a una homogeneidad pedagógica y técnica a la formación del espíritu americano, armonioso en medio de la variedad; fraternal en medio del intenso nacionalismo de cada una de las patrias colombianas... Más que las adaptaciones forzadas o artificiosas, son las reuniones frecuentes y las comparaciones serenamente verificadas, los modos eficaces de llegar por la mutua comprensión a una verdadera y proficua identidad de propósitos.»

No es, por cierto, una novedad, en América, la idea de preparar y efectuar Congresos estudiantiles que sigan las pautas marcadas por los de estadistas y técnicos. Desde 1908 hasta 1912 se celebraron, en nuestro Continente, y con éxito brillantísimo, tres Congresos de Estudiantes Americanos, el inicial en Montevideo, el segundo en Buenos Aires y el último en Lima; y como en frase justiciera afirma la Delegación del Uruguay—el honor de la iniciativa de tales reuniones pertenece a la intelectualidad uruguaya—dieron al mundo «el magnífico espectáculo de una gran esperanza en marcha». Los estudiantes, en aquellos torneos, «discutieron temas de pedagogía, sistemas de estudio; glorificaron a los pro-hombres de América, hicieron la crítica de nuestras comunes deficiencias institucionales, entonaron las loas de nuestro futuro, y se separaron, más amigos que antes, dejando en la tierra de América aquella *simiente robusta*. Calcada en el modelo de la Unión Panamericana, se creó por los estudiantes una oficina Internacional Universitaria de América—centro de información mutua y órgano ejecutivo de la asociación estudiantil—y fué instalada en Montevideo.

Desgraciadamente, la serie de aquellos Congresos juveniles quedó de pronto interrumpida. El Congreso de Lima había designado para sede próxima de la IV Conferencia de Estudiantes a la ciudad de Santiago, en Chile; pero la guerra mundial impidió este designio y los trabajos para formar el ambiente interuniversitario americano se hallan todavía en suspenso.

La Comisión invita, pues, a la Quinta Conferencia Internacional Americana a sancionar la siguiente resolución:

I. Declarar que es conveniente a los inte-

reses del panamericanismo la prosecución de los Congresos Estudiantiles como un medio de preparar a las generaciones jóvenes en el conocimiento de los asuntos que atañen al Continente y como una contribución a la formación del espíritu fraternal y homogéneo en que deberán ser estudiados y resueltos los problemas de la vida americana.

II. Solicitar de los respectivos Gobiernos que presten su apoyo moral y financiero a las Federaciones de Estudiantes y a sus demás Corporaciones permanentes para que éstas puedan mantenerse organizadas, hacer sus publicaciones y preparar los Certámenes Continentales que esta Conferencia estima coadyuvantes en la obra panamericanista en que está empeñada.

Hubiesen terminado aquí nuestras labores de no haber sugerido la Delegación de El Salvador un acuerdo evidentemente simpático a todo espíritu sutil, que logró unanimidad de pareceres. Podría tal vez argumentarse que nos excedemos de la extensión que atribuimos al tema XIII al volver a interpretarlo en este instante, pero nadie negará por entenderlo paradójico, que todos los temas del programa de la Conferencia están ligados con el capítulo que alude a medidas tendientes a una estrecha asociación continental, y más aún, que el programa y la Conferencia misma están subordinados a una suprema aspiración, que nos reúne ahora en esta hospitalaria casa: la fraternidad americana o el «panamericanismo categórico», que es, en síntesis, el aliciente del dictamen de la Delegación del Salvador: introducir en la escuela primaria la enseñanza del alma de América, y fomentar, por las relaciones epis-

tolares entre los niños de todas nuestras patrias hermanas, los indestructibles vínculos de la solidaridad interamericana.

La Comisión, de esta suerte, no vacila en elevar al mejor acuerdo de la Quinta Conferencia Internacional Americana la siguiente y su última resolución:

I. Inclúyase en los programas de enseñanza primaria de los países de América la asignatura de la *Fraternidad Continental*, materia que puede ser dictada en los aniversarios de las grandes fechas americanas, a fin de infundir en los niños el cariño y respeto por los pueblos semejantes.

II. Tratar por todos los medios posibles, y principalmente por aquellos que proporciona la escuela, de hacer que los niños establezcan relaciones epistolares con los niños de otros países continentales.

III. Hágase una especie postal, libre de franqueo, que pueda adherirse a las tarjetas postales que representen efemérides nacionales, escudo de armas, retratos de próceres, banderas, etc., a fin de que usándolas los escolares difundan la historia patria y cultiven el conocimiento recíproco.

Respetuosamente presentado.—PEDRO CÉSAR DOMINICI, Presidente; MÁXIMO SOTO HALL, Vicepresidente; MANUEL MÁRQUEZ STERLING, ALCIBÍADES ROLDÁN, NARCISO GARAY, LEO S. ROWE, GEORGE E. VINCENT, J. ANTONIO BUERO, JUSTINO JIMÉNEZ DE ARÉCHAGA, RAFAEL MARÍA ARÍZAGA, ARTURO ELIZONDO, ALEJANDRO ALVARADO QUIRÓS, A. DE IPANEMA MOREIRA, LAUREANO GÓMEZ, HIGINIO ARBO, TULLIO M. CESTERO, BENJAMÍN VILLASECA MUJICA, MANUEL E. MALBRÁN; secretario: señor EXEQUIEL FERNÁNDEZ.

El Estado y la sanidad ⁽¹⁾

LA campaña—iniciada por el doctor Navarro Fernández—, la campaña de propaganda sanitaria prosigue en su marcha. Prosigue con el respeto, con la simpatía, con el fervor de la opinión. Desfilan por el escenario de los teatros madrileños oradores de todas tendencias, de todos los partidos, y se les escucha con profunda atención a todos. Esta campaña plantea en el ánimo del ciudadano reflexivo un previo problema: el problema del Estado y de la Nación. Uno de los oradores, en esas reuniones populares ha tratado este tema, en réplica cortés, respetuosa, afectuosa, a José Ortega y Gasset, ilustre y querido compañero. ¿Es todo igual, uniforme, sin diferenciación de peor a mejor, en una sociedad? No: nos resistimos a ver igualdad, uniformidad, en un agregado social cualquiera. Nos resistimos a ver paridad entre la

Nación y el Estado. ¿Que es todo igual en la Nación y el Estado? ¿Que los ciudadanos del Estado y de la Nación son los mismos ciudadanos, idénticos en sus ideas, en sus sentimientos, en su moral, en su idealidad?

Si admitimos esa identidad, esa uniformidad en un agregado social, ¿cómo explicaremos el progreso? Si todo es igual, no hay lugar a la diferenciación. Y sin diferenciación, sin oposición, oposición de lo mejor a lo malo, de lo nuevo fecundo a lo viejo caduco, no puede haber avance social. Imaginad una sociedad en que no existe un elemento de diferenciación y habréis imaginado el marasmo, la inercia, la inmovilidad. Imaginad un todo social en que exista, por pequeño que sea, por tenue que sea, casi invisible, evanescente casi, un núcleo mejor que el resto del país, y tendréis una sociedad que está en marcha, marcha lenta, trabajosa, afanosa; pero, al fin, marcha segura e indudable. Y a ese núcleo, a esa luz

casi invisible, a esa alborada de conciencia, a esos elementos de diferenciación, ¿cómo queréis que los llamemos? ¿Los llamaremos Nación, para oponerlos al Estado, al resto del país retardatario y decrepito? ¿Los llamaremos «España vital, sincera y honrada»? El nombre no empecerá nada a la realidad. La realidad existirá. Y esa realidad—lo repetiremos con firme convicción—será la oposición fecunda y bienhechora de un impulso naciente, nuevo, hacia una modalidad vieja, gastada y decrepita.

¿Existe en España ese anhelo, ese generoso impulso? Existe, y es cada vez mayor. Y en este punto somos fervientemente optimistas. Lo somos cuando volvemos la vista al pasado y contemplamos lo que era España hace treinta años y lo que es ahora. La librería, la industria, el comercio, la navegación, todo ha crecido en grado esplendoroso. Y lo que vale más que todo lo enumerado: existen ahora una porción de preocupaciones sociales, que no existían, ni en tal cantidad ni en tal intensidad, hace medio siglo. ¿Ha caminado con la misma celeridad nuestra política. ¿Es la España oficial mejor ahora que en 1870? El ambiente de generosidad, de idealidad, de romanticismo que de 1812 a 1870 se ha respirado en nuestra política, ¿se respira ahora? Hombres que sacrificaban la paz de su hogar, su fortuna, su vida; hombres que luchaban en la Prensa, en las barricadas ciudadanas, en los campos de batalla; hombres que, después de haber ocupado grandes posiciones políticas, morían pobres, ¿pueden ser comparados a los hombres de ahora?

Sí; en nuestro país existe, al lado de la España oficial, una España vital, sincera y honrada. La oposición entre el Estado y la Nación es evidente. Y es a la Nación a quien debemos dirigirnos en nuestras campañas humanitarias en favor de las mujeres y de los niños, en favor de la raza. La mujer es un elemento esencialísimo en esta propaganda. Se halla íntimamente ligado el problema de las reivindicaciones femeninas a la cuestión sanitaria. Cuando la mujer tenga una influencia mucho mayor que ahora tiene en la vida social, en la vida política, problemas trascendentales que afectan íntima y profundamente a la raza, a la especie, entrarán rápidamente en vías de solución. Esos problemas son, por ejemplo, el del peligro venéreo y el del alcoholismo.

Pero al tratar de las reivindicaciones pesimistas, lo mismo que al considerar la cuestión sanitaria, debemos colocarnos en un terreno de posibilidades inmediatas. Por intentar un quimérico imposible, no debemos dejar escapar un logro factible, modesto, pero sólido

(1) Véase en el REPERTORIO AMERICANO número 5 del tomo en curso, otro artículo de Azorín, titulado *La propaganda sanitaria*.

y bienhechor. Y una de esas posibilidades inmediatas es, entre otras, la disminución de las causas pre-natales de mortalidad infantil. Esas causas pre-natales de mortalidad son las que afectan a la mujer en su embarazo. Son la fatiga, la deficiente alimentación, las enfermedades venéreas, la falta de cuidadosa asistencia. En países tan prósperos como los Estados Unidos, las causas pre-natales influyen el 68 por 100 en la mortalidad infantil. Pero para que esas causas desaparezcan preciso es un ambiente de dignificación de la mujer. «Señores —decía un orador en esas reuniones populares—; señores: impongan a nuestra consideración el hecho de que una mujer grávida es lo más sagrado y augusto que existe en las sociedades humanas. Una mujer grávida

está por encima de todas las potestades e instituciones humanas. Porque no es sólo la raza, no es sólo la Nación, no sólo es la Patria: es la especie, continuándose hacia un porvenir lejano de prosperidad y de justicia».

Sí; sepamos que la más alta función social la realiza la mujer. Y cuando se considere la maternidad como la más augusta función social, y, por lo tanto, se rodee a la mujer grávida de todos los cuidados y de todas las atenciones, la sociedad habrá realizado un inmenso progreso y las reivindicaciones feministas habrán logrado un considerable avance. Hombres modestos unos, otros eminentes, ese es uno de los ideales que persiguen cuantos intervienen en la campaña de propaganda sanitaria.

AZORÍN

(A. B. C., Madrid).

El Día de la Raza y el Comité Internacional Panamericano de Mujeres

EL Comité internacional Panamericano de Mujeres creado por el Comité Auxiliar de Mujeres de los Estados Unidos del Segundo Congreso Científico Panamericano, celebrará, por la primera vez, reuniones simultáneas de sus secciones nacionales en las diferentes capitales de los países de Norte, Sur y Centro América en el Día de la Raza, o sea el 12 de octubre de 1923. Cuando se acordó convocar dichas conferencias, y el Comité Auxiliar de Mujeres, del cual es presidenta Mrs. Charles Evans Hughes, envió desde Washington el programa preliminar, se fijó como fecha de reunión el 12 de octubre de 1922. Sin embargo, a causa de la postergación del Tercer Congreso Científico se juzgó necesario transferir la fecha de reunión para el mencionado año de 1923.

La nueva fecha fijada para la reunión de las citadas conferencias es en extremo ventajosa y apropiada no sólo por el hecho de ser inmediata a la clausura de la Quinta Conferencia Panamericana de Santiago de Chile y a la apertura del Tercer Congreso Científico Panamericano de Lima, Perú, sino también por las ventajas que pueden derivarse del espíritu de panamericanismo que reina en estos dos importantes congresos.

La genuina y creciente cooperación de las mujeres de las distintas Repúblicas americanas en lo referente a asuntos económicos, intelectuales y sociales constituye una base muy prometedora para estrechar todavía más las relaciones de amistad y cooperación existentes entre dichos países.

Además de los discursos y discusio-

nes que tendrán lugar en estas sesiones nacionales, la publicación que se hará más tarde de las actas y resúmenes de aquellos trabajos servirá de valiosa información acerca de las actividades y propósitos de la mujer, no sólo a los miembros de aquellos mismos comités sino también al público en general. Ya se ha comprobado sin ningún género de duda durante los desastrosos años de la Gran Guerra y los no menos calamitosos que siguieron a tan lamentable catástrofe, que a cada país le corresponde, aún cuando de manera diferente, contribuir con su cuota, económica, intelectual y moral al bienestar y progreso de la raza humana y que todos los pueblos, tanto mujeres como hombres, deben aprovechar cuanta oportunidad se les presente para contribuir a la solución de los difíciles problemas actuales, concentrando sus esfuerzos para que dicha solución se haga con la menor pérdida de tiempo, esfuerzos y dinero.

El ideal panamericano de la independencia humana y la cooperación y ayuda mutuas se reforzarán grandemente por medio de estas conferencias del Día de la Raza, y su programa común no dejará de servir de valioso instrumento para efectuar aquel desarme intelectual, el cual, como lo expresó el Secretario Hughes en uno de sus recientes discursos en Washington, debe ser el paso preliminar que ha de conducir a cimentar el mutuo entendimiento y la mayor simpatía entre las naciones, que tanta falta hacen hoy día en el mundo.

(Envío de la Srta. ANGELA ACUÑA).

Una M pintada

(MARÍA CARDENAL Y JOSÉ ARGÜELLO CERVANTES, 10 de junio de 1923).

Mayúscula pintada. Yo soy miniaturista. Esmeraldas, rubíes, zafiros, un color tendrá superlativo, por tres veces, mi vista recordará los versos de su libro mejor.

Eme, primera letra del nombre de María. Esta niña merece que la llamen dichosa, por haberse bañado muchas veces al día, deshojando los pétalos de la Mística Rosa,

cada vez que su madre, su padre y sus
[hermanos
pronunciaban su nombre ¡María! Tres

[colores:
En las dos paralelas, los zafiros lejanos,
en medio los rubíes confirman sus ardores,

y junto a los rubíes, esmeraldas cristianas. Por el rubí se inflama, por la esmeralda reza la vida que recorre sagradas y profanas vías, en sus dos tiempos de alegría y tristeza.

Una eme tres campos da para tres paisajes. Un tríptico sencillito, gracioso, natural. Tres niñas doceañeras tejiendo los encajes de un nuevo, delicado, cristiano madrigal.

Un paisaje rubí, donde Goya y Lucientes, púrpura y escarlata, nos hable del amor: La parábola siempre nueva de las simientes que bendijera Cristo: «Y salió el sembrador».

Un paisaje esmeralda muy Boeklin:
[Silenciosa
la fuente es una niña que no sabe, desnuda,
y en los árboles verdes, dichosa, muy
[dichosa
la luz con sus dos ojos de novia, nos saluda.

Un paisaje zafiro: Junto al Arno, Florencia, el Angélico reza con la voz de sus manos, tienen sus primitivos colores la inocencia de los días primeros, dormidos y lejanos.

El Angélico pinta dos blancas nubecillas en cielo azul verano, color de veraneras, y dos humildes niños de miradas sencillas, que al verlos, tener alas, para volar,
[quisieras.

Eme de alejandrinos amables, he fingido. Esmeraldas, rubíes y zafiros pinté: Árboles hojas verdes y corazón herido y tímidas y blancas nubecillas de fé.

Vida, poema breve de amargura risueña, sellarás tus dos libros de invierno y
[primavera,
en el amor que ama y en el amor que sueña,
y en el amor que junta sus manos en espera.

A. H. PALLAIS, Pbro.

León, Nic., 18 de junio de 1923.

SERVICIO DE INFORMACION INTERAMERICANO

Disciplina y Libertad

EL fascismo va cobrando más importancia de la que solían atribuirle hasta hace poco sus mismos partidarios, favorecido como se encuentra por las actuales condiciones en que vive Europa; y tanto más por que cuenta, al parecer, con abundantes y convincentísimos medios pecuniarios para sostener su propaganda, la cual cae en el campo fértil y propicio de los espíritus estragados por la guerra. El fascismo se parece a la santa alianza de hace un siglo, con la diferencia de que sus jefes, en vez de ser los monarcas absolutos de cien años atrás, son los magnates industriales y los patriotas nacionalistas de nuestros días. Como antaño a los viejos reyes, aterrados por la furia de la revolución, a los nuevos amos del mundo occidental los desazona y consterna la palabra libertad. Nada menos que Benito Mussolini, el condotiero de camisa negra, sumo sacerdote del fascismo, dictador de Italia, proclama categóricamente en la revista fascista *Gerarchia*, que la libertad es el gran peligro, el gran error y el gran crimen del género humano, y que cuando desaparezca de la faz del planeta todo rastro de libertad y todo anhelo de conseguirla, habremos llegado a la tierra prometida, regada por arroyos de leche y miel. «Todos cuantos no estén ofuscados por el dogmatismo» — escribe — «se dan cuenta de que los hombres están cansados de la libertad».

Mussolini escribió ese artículo de *Gerarchia* para refutar ciertas opiniones liberales promulgadas recientemente en *Corriere della Sera*. Mussolini dice que el liberalismo no es la última palabra en materia de gobierno, y que si bien es cierto que a las gentes del siglo pasado les parecía el liberalismo cosa excelente como doctrina política, hoy es ya inútil y aun pernicioso. «Los sucesos del período posterior a la guerra» — dice — «denotan el fracaso del liberalismo. Se ha demostrado, en Rusia y en Italia, que es posible gobernar lejos, por encima y contra los ideales liberales». ¿Los sucesos del período posterior a la guerra sólo? Siglos enteros de historia asiática atestiguan lo mismo, y casi toda la historia de Europa, hasta el siglo diecinueve, es la historia del despotismo minuciosamente organizado, del despotismo que, al través de una larguísima experiencia de centurias, fracasó en sus aspiraciones de darles a los pueblos no ya felicidad sino tranquilidad y orden, a fin de poder gobernar despóticamente en paz. Ahora, después

de un breve ensayo de libertades, no muchas ciertamente ni muy amplias, se declara que la libertad, esa libertad precaria y mezquina, tiene la culpa de los desastres que afligen a Europa. Porque ni el comunismo ni el fascismo, los dos polos políticos de hoy, quieren nada con la libertad. El dictador de Italia opina, naturalmente, que la libertad no es un fin sino un medio, un medio para alcanzar, o contribuir a alcanzar la «felicidad de los pueblos»; y da por sentado que ese medio fracasó ya, sin percatarse de que nunca se le empleó en todo lo que conocemos de la historia. Para él la libertad no es la doncella casta y severa por la cual lucharon y sufrieron las generaciones del siglo diecinueve: «otras palabras ejercen mayor fascinación sobre los jóvenes intrépidos y turbulentos que asisten al amanecer de una nueva historia: esas palabras son orden, jerarquía y disciplina». Parecen esas palabras de un periodista oficial de ciertos países de nuestra América. El es, por supuesto, el gran ordenador, el gran jerarca y el gran sargento de Italia. «El fascismo», — añade — «no tiene miedo de declararse iliberal y antiliberal. Ha pisoteado ya, y volverá a pisotearlo, si es menester, el cadáver podrido de la diosa libertad». Más claro no canta un gallo, y los defensores del fascismo tendrán que renunciar ahora a las vagas y confusas declamaciones en que prorrumpen cuando se les tacha de liberticidas. Tenemos que reconocer que Mussolini no es hombre de hipocresías, virtud rarísima en un político de profesión.

Lo malo es que sea un dictador quien declare que la libertad es un cadáver pestilente. Aunque no todos tienen la audacia de divulgarlo, ese es el credo de todos los dictadores. Mussolini, como dictador, tiene que alegar que ningún gobierno subsiste por el consentimiento de los gobernados si no apela, para sostenerse, al empleo de la fuerza. La fuerza es, pues, el origen y el sostén legítimo de los gobiernos. Pocas veces se había declarado con mayor arrogancia el desprecio por la opinión del pueblo, el respeto de la cual es uno de los artículos de fé del siglo diecinueve. Estas palabras, que anuncian a los presuntos esclavos la inauguración de la servidumbre, han sido repetidas con entusiasmo en varias partes del mundo. Pues lo que asusta no es que Mussolini lo diga sino que haya muchedumbres que aplaudan. Se han dado casos en que las multitudes clamen por las

cadenas de la esclavitud como la mayor bendición de los cielos propicios. Tal sucedió en España bajo el «deseado» Fernando, contra el cual combatieron los hispano americanos hace un siglo. Eso que Mussolini ha proclamado, con franqueza que hay que agradecerle, es la verdad viva que late en el corazón de muchos hombres de hoy. Los extremos se tocan; y, así como el dictador italiano, los revolucionarios rusos reniegan de la libertad, con la diferencia de que los rusos no la consideran como un cadáver putrefacto y declaran que la dictadura comunista es un paso previo, indispensable para alcanzar la libertad: siguen considerando la libertad, no como un medio, sino como un fin, como algo sin lo cual son imposibles o precarias la dicha y la civilización del hombre. Para Mussolini y para todos los fanáticos antiliberales de hoy día, los fines últimos de la humanidad son el orden y la jerarquía.

Se dice que los pueblos de Europa están ahitos de libertad. ¿Dónde y cuándo se hartaron? El siglo XIX, contra el cual se lanzan ahora befas y maldiciones, no fué un siglo de libertades sino un siglo de lucha por la libertad. Luchas en toda América y en Europa. La guerra de 1914 fué en cierto modo una guerra por la libertad. Muchos de los que alguna vez defendimos a las potencias aliadas lo hicimos porque creíamos que el triunfo del imperialismo alemán, con su «orden» y su «jerarquía», significaba sin remedio el orden por la fuerza y no por la libertad, la inmolación del individuo al estado, la disciplina de Europa y quizás del mundo bajo el látigo de unos cuantos malvados y de unos idiotas que se decían representantes de Dios. No sospechamos que el espíritu absolutista y kaiserista triunfaría de todos modos. Porque a lo que asistimos es a la victoria de lo que llamábamos el espíritu prusiano, el espíritu que, ahora triunfante, se apresura a erigir absolutismos rencorosos sobre las ruinas que sembró la guerra. ¿Cómo puede cansarse la humanidad de una cosa que no ha probado nunca? No hubo en todo ese siglo XIX libertad bastante para calmar la sed de un solo esclavo. El alegato de Mussolini es falaz. Tal vez los pueblos estén fatigados de los sobresaltos, de las violencias, de los sacrificios aparentemente inútiles en la lucha por la libertad, y por eso se acogen transitoriamente al despotismo o lo toleran, pero eso no quiere decir que haya muerto en definitiva la aspiración perenne del hombre a ser libre.

No: la libertad no cansa, y en eso se diferencia de la esclavitud. Es cierto que los amos jamás se fatigan de ser amos; pero los siervos sí se cansan de

ser siervos: toda la historia del género humano es, en substancia, la historia de la lucha entre amos satisfechos y siervos descontentos. Hoy día, en medio de la civilización industrial que rige en el mundo civilizado, la lucha se plantea entre obreros y patronos, como la lucha de fines del siglo XVIII contra la opresión feudal se manifestó por la rebelión de la burguesía contra la nobleza y sus privilegios y exacciones. Cuando los reyes destronaron a Napoleón, en balde quisieron borrar hasta los recuerdos revolucionarios. La guerra universal destruyó los restos del feudalismo, pero dejó en pie, aunque amenazada, la estructura económica burguesa. La burguesía reacciona y pacta a su vez una nueva santa alianza contra la libertad. Oyendo a Mussolini nos parece como si oyéramos hablar a un Metternich redivivo que trajera en la mano, chorreando ponzoña, su viejo corazón de absolutista. Mussolini es la voz de la burguesía que defiende la herencia feudal, que predica con dulzura las excelencias de la obediencia y de la disciplina mientras le retuerce con furor el cuello a la libertad.

Se dice que el fascismo va a conquistar el mundo. La Europa continental está gobernada casi toda por el espíritu fascista. Sólo en Inglaterra no corre, por ahora, la libertad peligro de estrangulación inmediata. Aquí mismo en los Estados Unidos algunas sociedades liberales se apresuran a denunciar al fascismo y a señalar sus

peligros. En muchas partes el terreno está abonado para el fascismo, para lo que podría llamarse la revolución al revés.

Lo que se ve claro es que la lucha no es local, no se limita dentro de fronteras nacionales, sino que se dilata al mundo. El problema tiene ahora alcance universal: ¿va a proscribirse la libertad como sueño pernicioso y malsano para implantar el orden y la jerarquía tan caros a Mussolini y a sus inspiradores, y cofrades, o va a ensancharse un poco más, especialmente en lo económico, la libertad humana?

Desde los tiempos de Bolívar, que comenzó siendo algo liberal y terminó empeñándose a la postre en convertir su influencia personal en elemento de moderación y aun de retrocesión, la lucha en la América española ha sido también entre los partidarios de la libertad y los partidarios de la disciplina. Los más severos disciplinadores han fracasado. Por eso el fascismo llegará tarde a las repúblicas españolas. Nuestro fascismo principió a pasar hace poco. El último de los grandes fascistas del continente fué Porfirio Díaz. Nosotros ensayamos el fascismo en todas partes y sus frutos fueron, sin excepción, de ceniza y hiel. En nuestra América el péndulo está en marcha hacia el otro extremo. Es una fortuna que, en este punto a lo menos, hayamos dejado zaguera a Europa.

JESÚS SEMPRUM.

Nueva York, julio de 1923.

La penetración económica del dólar

En la Banca, en la Industria y el Comercio el espíritu dominador yanqui se va imponiendo. Peligro que supone la concesión de minas de petróleo en la Cordillera.—El soñado imperio de los norteamericanos.

LA frase de Monroe "América para los americanos", es un mito, ante el cual ya no vibra ni perdura el alma idealista de la raza.

La penetración económica: he ahí el peligro inminente. Es el enemigo que llega armado del dólar. El hecho es constante. Tras la conquista del mercado para la movilización y el intercambio, o la conquista del suelo para explotaciones agroindustriales de gran volumen, sobreviene invariablemente, con el privilegio o el monopolio, la brutal absorción de los pequeños fondos agrícolas y del capital nativo circulante. Entonces la labor regnícola pasa a ser tributaria de la labor exótica. "De fuera vendrá..." apunta el viejo adagio. A poco surgen las dificultades provocadas y se produce el choque de intereses. No tan malo, sin duda, cuando la litispendencia concluye con sujeción al fallo definitivo de

los Tribunales. Eso es la excepción en ciertos países débiles. Garantías imprudentes, fiscales o no, amparan a veces las abultadas reclamaciones y las indemnizaciones usurarias.

Por lo pronto, la Banca norteamericana—las avanzadas de la penetración económica—ya se ha adueñado de gran parte de la plaza de Buenos Aires. En complicidad con ella, el comercio y la industria yanqui existente en nuestro país está tendiendo el puente fabuloso que los Estados Unidos quieren tender desde el Pacífico hasta el Atlántico. Los medios por conseguirlo no les preocupan mayormente; saben por experiencia que con el "time is money" se puede ir muy lejos después de haber ultrajado la soberanía de Colombia y la de la Antilla Central del Archipiélago.

No cabe duda que Norteamérica se ha orientado hacia el imperialismo

económico y financiero, y que el panamericanismo no es más que una fórmula casuística para imponer la política del dólar. La ambición del pueblo yanqui es dominar en toda América; establecer un imperio de habla inglesa, sin más leyes que las que emanen del Capitolio de Washington y con la sola denominación de "United States of America". Claro es que esto no será obra de un siglo; no es tan fácil romper los vínculos que unen a los pueblos de una misma raza, pero mucho se ha hecho ya en ese sentido apoderándose de Panamá, Filipinas, Cuba, Puerto Rico, parte de México y Colombia y de Centro América. Después vendrán los zarpazos contra Venezuela, Bolivia, Chile, Uruguay y la Argentina, si es que, para entonces, no hemos sabido ser previsores.

Hasta ahora, hemos sido un país de puertas abiertas, y esa franca hospitalidad ya fué aprovechada por los yanquis para obtener algunas concepciones petrolíferas en la Cordillera. El Gobierno que acordó tal concesión, influenciado por la política del dólar, ha abierto el camino a una plutocracia desenfrenada, que arma el brazo de todas las discordias y rebeldías—el caso de la guerra de Cuba con España y la guerra civil de México—y que prevalece de un navalismo prepotente, apoya con sus cañones empresas dignas de piratas.

El peligro ya lo tenemos en casa: está ahí en la Cordillera, como antes estuvo en la frontera mexicana; y no sería difícil que aquí, como allí, el dólar haga sentir pronto su influencia tentacular y absorbente.

(La Tribuna Agraria, Buenos Aires).

Del Partido Liberal Georgista de Buenos Aires

Buenos Aires, junio 23 de 1923

Señor Director
del REPERTORIO AMERICANO

Ruégole dar publicidad a lo siguiente:

EL VOTO FAMILIAR

La Comisión Ejecutiva Nacional del Partido Liberal Georgista ha adoptado la iniciativa del «voto familiar» para incorporarlo en el programa del partido como una propuesta de enmienda a las leyes de elecciones nacional, provinciales y municipales.

Consiste dicha reforma en dar a los electores padres de familia el derecho de votar en representación de sus hijos menores de ambos sexos, pudiendo depositar en las urnas tantos sobres con su voto como hijos tengan.

La idea del voto familiar, sin perjuicio del voto femenino, lleva el propósito de hacer efectivo el principio del sufragio universal, consiguiendo que todos los habitantes del país puedan estar representados en el gobierno de la comunidad.

La ventaja que así se dará a los padres de familia está perfectamente justificada, entre otras que pudieran aducirse, por las razones siguientes:

1ª—El que tiene hijos hace más consumos y paga por lo tanto más impuestos por sus consumos que el que no tiene hijos.

2ª—Dado que el suelo del país se valoriza en proporción al número de sus habitantes, el que tiene hijos con-

tribuye a la valorización general en proporción al número de los mismos.

3ª—Procura más defensores a la patria, en el caso eventual de necesitárselos.

4ª—Sus intereses con relación a los problemas de la vivienda, alimentación, vestido y educación, son mucho más grandes que los de los solteros.

5ª—Hay asuntos como el de la contratación de empréstitos a largos plazos que presentan especiales responsabilidades para los padres de familia, por cuanto sus hijos tendrán que cargar con gran parte de esas deudas.

Saludo a Ud. muy atte.

EL SECRETARIO GENERAL

Noticiario

(1923)

ESTUDIOS, un excelente mensual que ve la luz en la ciudad de Panamá, ha reaparecido en su N° 4, Año II, ahora transformado en revista oficial del Ramo de Instrucción Pública. En 1922 fundó este mensual el Prof. Méndez Pereira, entonces y ahora Director del Instituto Nacional de Panamá. Seguirá *Estudios* bajo la atinada dirección del Prof. Méndez Pereira. Dice *Estudios* en el Editorial de su N° 4, Año II, y refiriéndose a la producción literaria y científica de Panamá, de la que seguirá siendo el órgano el citado mensual: «Así éste (Panamá) será mejor apreciado en el exterior, donde sólo se nos conoce por el Canal, por los sombreros llamados de Panamá y por los negros jamaicanos de Colón, «los ingleses de ébano», como los designaba con frase feliz el insigne doctor Pablo Arosemena».

Del calibre intelectual de *Estudios* puede juzgarse por el Sumario del número que nos ocupa:

Editorial.

La población del Istmo.—Eusebio A. Morales.

Teófilo Delcassé.—Guillermo Andreve.

Equívocos de la palabra «derecho».—Federico Calvo.

Economía del Estado, social y mundial.—Alfonso Goldschmidt.

El agua dormida.—C. Arrocha Gracel.

La introducción de los números imaginarios en la enseñanza superior.—S. Gilberto Ríos.

La Vida.—Jorge Nicolai.

La Constitución de los Estados Unidos.—James W. Garner.

Disciplina Nacional.—Antonio Burgos.

Un escritor uruguayo.—Ariosto D. González.

Al margen de los libros.—Lic. Manuel Roy.

Todo esto contenido en un elegante volumen de 121 páginas en 4º.

Del tomo *La Máscara Heroica*, de Blanco Fombona, hemos hablado ya en nuestra edición anterior.

Véase ahora lo que le ha ocurrido a esta obra justiciera en España, según las palabras del honrado Araquistain, en *La Voz* de Madrid, del 7 de junio pasado, artículo *Estilos y Estiletos*:

Mencionaré también otro atropello, no menos arbitrario que los anteriores, y más reciente aún. Aludo a la recogida de un libro, *La máscara heroica*, del escritor venezolano Rufino Blanco-Fombona. Las circunstancias de este caso son aún más graves, por cuanto que violan una ley fundamental como es la de Imprenta. Ese libro no estaba publicado aún; pero enterada de su próxima aparición la Legación de Venezuela, ha recurrido a presiones diplomáticas—y otras que, por decoro, no quiero mencionar—para impedir que saliera a luz. El Ministerio de Estado, por debilidad inexcusable, ha autorizado la orden de recoger la edición. Digo que la ha autorizado ese Ministerio, y que, por lo tanto, toda la responsabilidad recae sobre él, porque ningún otro departamento del Estado podía hacerlo legalmente. Lo acontecido es una enorme ilegalidad. Lo dice taxativamente el artículo 816 de la ley de Enjuiciamiento criminal:

«Inmediatamente que se dé principio a un sumario por delito cometido por medio de

la imprenta, el grabado u otro medio mecánico de publicación, se procederá a secuestrar los ejemplares del impreso o de la estampa, dondequiera que se hallaren».

Ahora bien: no puede haber delito de imprenta en una obra no publicada aún, ni, por lo tanto, sumario, ni, por lo tanto, secuestro de ejemplares. Esto, en cuanto al significado estricto de la ley, Pero si atendemos a su contorno más amplio, que es la costumbre, complemento social de la ley, lo hecho es doblemente injusto y arbitrario. Hasta ahora era regla general eximir los libros—a los impresos no periódicos de más de 200 páginas—a las leyes que castigan los delitos de imprenta. Hace tres o cuatro años se procesó a un periodista por reproducir un capítulo de un libro en un semanario, pero no al autor del propio libro. Dentro de la enormidad del hecho, había que agradecer el respeto al libro que de ese modo proclamaban las leyes españolas. Pero también esto va a cambiar, por las trazas.

Todavía hay más agravantes. El libro de Blanco-Fombona es una novela, y aunque su protagonista, Juan Bizonte, represente a Juan Vicente Gómez, presidente de Venezuela, sus ataques no pueden juzgarse con la misma severidad que si fuesen directos. Aquí se violan también los fueros de la obra de ficción, los principios de la libertad artística. Por otra parte, aunque la obra en cuestión fuese una diatriba directa contra el presidente de Venezuela y estuviese ya publicada, tampoco habría derecho a recogerla, por una razón poderosísima. No olvido el artículo 482 de nuestro Código penal, que se refiere al delito de injurias y calumnias contra los jefes de Estado extranjeros. Ese artículo tendría acaso justificada aplicación cuando los calumniadores o injuriadores son españoles; la amistad y solidaridad entre estados obliga a estas persecuciones. Pero Blanco-Fombona no es español, sino un venezolano desterrado de su país por la dictadura del general Gómez; es un escritor que no puede exponer en su patria sus opiniones, porque allí están suspendidas las leyes que amparan la expresión del pensamiento. Su caso ha sido frecuente en la Europa del pasado siglo. Suiza, Francia e Inglaterra han servido en todo tiempo de asilo a desterrados extranjeros, singularmente rusos, que en el libro y el periódico combatían sin piedad a las instituciones y los hombres de sus países originarios. Aliada de Francia e Inglaterra era la Rusia zarista y, sin embargo, se respetó siempre en esos refugios de perseguidos extranjeros la libertad de publicar sus juicios, en todos los tonos y formas. ¿Y ha de ser menos España, precisamente con un americano, que, por serlo, tiene más títulos que nadie a nuestra hospitalidad y a ser amparado en el derecho a opinar libremente? Se puede ser amigo de Venezuela sin necesidad de serlo—hasta el punto de violar nuestras leyes—de su dictador; pero, sobre todo, es más importante ser amigo de la libertad, único título de respeto que deben ofrecer los pueblos.

Este es uno de esos patentes casos de injusticia e intriga diplomática que no deben quedar sin pronta reparación. Es de esperar que las autoridades, en cuanto adviertan el desafuero, cometido, sin duda, en un momento de precipitación, rectifiquen su conducta. Pero si incurren en contumacia, la Sociedad Española de Escritores, el P. E. N. Club, la Liga de los Derechos del Hombre, el Ateneo y cuantos organismos existen para la defensa del escritor y de las leyes que amparan los derechos de opinión y crítica, se verán obligados, seguramente, a tomar cartas en el asunto.

LUIS ARAQUISTAIN